

El Ruedo

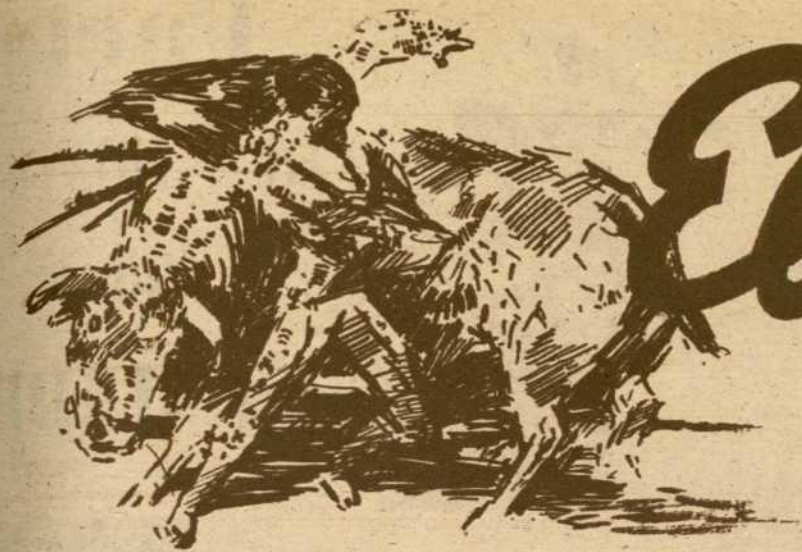


2
Ptas.

JAAVEDRA



Rodolfo Gaona



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
 FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
 Año III-Madrid, 17 de octubre de 1946-N.º 121

EL LUNES, EN LAS VENTAS

Festival en honor del Arma de Intendencia
 Cuatro novillos de don Fermín Sanz
 Pepe Anastasio, Angelete,
 Angel Luis Bienvenida y Parrita



La hija del Jefe del Estado
 presencia el festival desde una
 barrera



Los diestros que actua-
 ron en el festival posan
 para Cano



Angel Luis
 Bienvenida
 torea por
 ayudados

Pepe Anas-
 tasio en un
 buen par de
 banderillas

Angelete en
 un buen mu-
 letazo por
 alto



Parrita e n
 una veróni-
 ca a su novi-
 llo
 (Fotos Cano)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NO obstante, se impone una modificación del convenio hispanomeicano...

Así lo dejé escrito, un poco abrumado por el casi general silencio en torno a un tema de tan singular trascendencia para la fiesta. El «pacto de Madrid», como en Méjico llaman al convenio, debe darse por caducado, tanto en su letra como en la interpretación de que es objeto. Porque es lamentable que al cabo del tiempo, cuando uno está cansado de señalar desde el primer día los perjuicios que había de

sufrir y ha sufrido la mayoría de los diestros españoles, sean los mejicanos los que se pongan la venda. La lectura de su Prensa produce sonrojo, porque nuestros queridos manitos no se paran siquiera a considerar que la igualdad establecida en el porcentaje de diestros que aquí y allá pueden actuar en cada corrida, queda destrozada en cuanto se piense un instante en la tremenda diferencia que hay entre una temporada mejicana y una temporada española. Si el número de corridas que en una y otra nación se celebra no es suficiente para ponerlo de manifiesto, ahí está la importancia artística y económica de las Plazas: frente a la de Méjico, capital, única considerable por el volumen de su aforo y por los festejos que celebra en la temporada, hay en España, Madrid y Barcelona, por encima, y a la zaga, Valencia y Sevilla, y esto sin contar las extraordinarias posibilidades artísticas y económicas de nuestras ferias —Pamplona, Logroño, Salamanca, Valladolid, Albacete, San Sebastián y Bilbao—. ¿Piensan en esto los mejicanos cuando con tanta saña hablan del «pacto de Madrid»?

Ni piensan en esto ni en algo tan importante como lo que dejé señalado, y es que no ha llegado a España un matador de toros mejicano que, con contratos auténticos o simulados, no haya tenido, al menos, un par de oportunidades en las Plazas de Barcelona y Madrid. ¿Puede un diestro español llegar a Méjico con iguales posibilidades?

Los españoles podemos afirmar que muchos diestros mejicanos, de esos que sus mismos compatriotas enarbolan como banderas del fracaso del convenio —cuando en realidad el fracaso, si lo ha habido, ha sido de ellos—, han toreado en España más corridas y en mejores Plazas que en su propia patria.

Pero me perdería en mil razonamientos de esta índole, como se pierde Angel Bueno, en otros análogos, en su artículo de «Toreros», en el que tan cordialmente me alude y me estimula a seguir en la brecha, sin llegar a la conclusión que me propuse y que es la siguiente:

Si allí y aquí se considera fracasado el convenio por lesivo para los diestros mejicanos en su concepto, y para los españoles en el nuestro, ¿por qué no se rehace? El grupo taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo puede y debe ofrecer la iniciativa al organismo similar de Méjico para que haga un proyecto en el que puedan quedar subsanados los perjuicios que sufren sus diestros con el actual «pacto de Madrid». Creo que los españoles no perderían más de lo que han perdido y tendríamos por lo menos derecho a hablar, como ellos lo hacen, del «pacto de Méjico», aunque antes y ahora estemos convencidos de lo romántico de nuestro gesto y de que muy distinto fué el de ellos, provocado y estimulado por los éxitos fabulosos, en lo artístico y en lo económico, que aquí obtenía Mamolete.



Gallito muletea por alto a su primer toro



Gallito inicia la faena a su segundo con los pies metidos en la montera



Luis Mata se adorna al rematar unas verónicas

Las cuadrillas acuden a hacerle el quite a Luis Mata



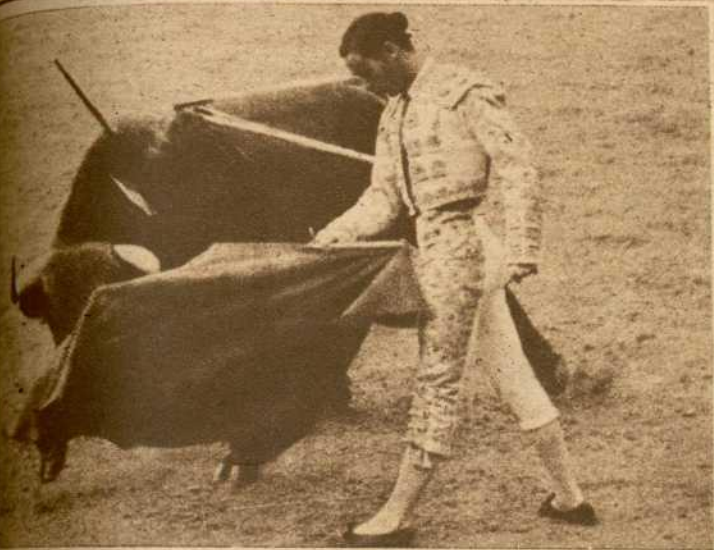
Seis toros
de Concha y Sierra

GALLITO
LUIS MATA
y alternativa de
BELMONTEÑO



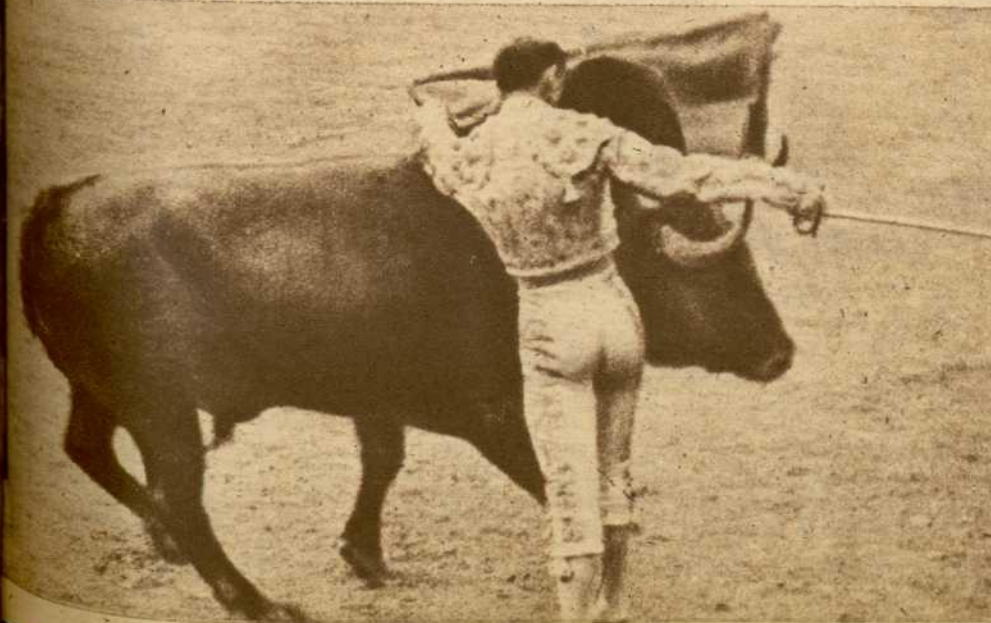
Belmonteño
confirma la alter-
nativa de manos
de Gallito

Un buen muletazo
por bajo de Bel-
monteño



Un muletazo de Luis Mata, en el que aguanta una colada

Belmonteño en un pase de pecho con la izquierda (Fots. Baldomero)



En las Ventas

Seda negra con estrellas de plata...

ASÍ, de negro y plata, salió vestido Rafaelito Vega de los Reyes la noche aquella de su presentación en Málaga. Y así le titulé la crónica, porque aquel gitano adolescente estuvo como su atavío: seda negra —¡que era el llanto por Curro!— y alamares de plata, con traza geométrica de estrellas, que eran el refulgente anuncio de que al toreo llegaba una figura grande.

Al otro día, en la tertulia de "La Cosmopolita", le dije a Antonio Conde:

—¿Has vuelto con Belmonte, Antoñito?

—¡Con Juan...! ¡Pero si Juan ya no torea...!

Luego, ya comprendió Antonio Conde lo que yo le decía. Aquel toreo hondo, largo, mecido, lleno de son y de cadencia, pero desgarrado, que hacía aquel gitano, era el toreo de Juan. Era el mismo estilo de templar a las reses, para dejarlas ya enceladas en la muleta y que no se le fueran. Era aquella manera de sentir el toreo y de expresarlo que había tenido Juan. Eran aquellas faenas cortas, hechas en cuatro metros de terreno, con la mano crispada y la pierna contraria metida en los pitones. Era un toreo dramático, pero lleno de suavidad y de temple... ¡Seda negra! —llanto por Curro!— y ¡estrellitas de plata! —que cantaban en el cielo de Málaga la copla jubilosa de una resurrección de Juan Belmonte...

Y aquel torero se eclipsó con el tiempo, y se borraron de su atavío las estrellas, y sólo quedó de él un luto negro que era a manera de nostalgia, por la figura que había perdido el arte con la desgana de Rafael...



Tres vacadas distintas han salido a la arena de las Ventas en lo que va de un número de EL RUEDO a otro: Santa Coloma, Concha y Sierra y la de Perico Gandarias, que hacía la prueba. Y tantas cosas se han escrito de ellas en los diarios, que yo he dudado ¡hasta de mí!..., al juzgar a esos toros.

No niego que esas vacadas, que conservan intacta la solera buena del toro duro, encastado, valiente, pegajoso y con nervio, seducen mi afición y me gustan sobre todas las cosas: ¡Manes de don Felipe de Pablo-Romero, de Saltillo, de Murube, de Parladé, de Santa Coloma, de Villamarta, de Concha y Sierra, de Miura, de Domecq, de Gamero Cívico...!

Y no salgamos ahora por el registro de que a ese toro no se le puede hacer el toreo de estos tiempos. Ya Giraldirlo —¡venga esa mano, Manolo!— ha dicho en A B C que no se trata de hacer el toreo, sino de sentirlo. Y sentir el toreo, como sentir el cante, es entregarse en los tercios difíciles y echar todo el temperamento en una copla, y echar la letra —que es lo de menos— por delante, como hacía Silverio. Que en el cante y en el toreo valen más el quejío y el eco, que la nota brillante y el acento fino...

¡Buena, sí, señor, la corrida de toros de Santa Coloma! ¡Y buena la de Concha y Sierra, y buenos los novillos que mandó para prueba Perico Gandarias!

Lo que pasa es que estos toros son para torearlos por soleares del Almendro y seguriyas de Manuel Torres, y no les van Pao el Americano ni Angellillo. Que el cante grande tiene duendes y llega al alma del que escucha, mientras que el cante chico —toros de Salamanca y toreo de estatua— ni pasa de la piel, ni deja en quien lo saborea ese regusto de canela y de menta que nos deja una copa de solera o de néctar en el embujo de un colmao de la Alameda sevillana...

Y con los toros de Santa Coloma resucitó el gitano. Sonos de martinete acompañaron la faena, que tuvo el garbo de Rafael Molina, la hondura de Belmonte y el empaque torero de Chicuelo.

Vestía Rafael de negro y oro. Negro por su toreo —que se le había ido en un mal viento— y oro por esa calidad que vive en el triángulo de Curro Dulce, Cagancho y Curro Puya. Y yo junté las manos —blanca de nieve de pañuelos la Plaza de las Ventas—, porque asistía a la resurrección de una figura grande, a la que le ha bastado torear con los ases para coger tono y sentirlo.

Al lado de lo de Gitanillo de Triana, un quite por verónicas de Manolo Navarro al novillo de Perico Gandarias. Si Rafael muletó por martinetes, este torero grande que es Manolo Navarro dijo con el capote lo que dice cantando Cayetano el de Cabra:

El que quiera madroños
vaya a la sierra...
que se están desgajando
las madroñeras...

Y una tarde torera de Paquito Muñoz —¡de Curro Muñoz!—; mando, y empaque, y sitio, y toreo de cabeza, y juego de muñecas. Y muy poca fortuna para Rovira con los santacolomas, y frío, frío en el toreo de buena clase de Parrita, y valor en Luis Mata y en el Chatito Mora, y sosería en Belmonteño...

A Rafael Gallito no lo nombro. ¡Me duele tanto ver ese nombre y esa casta borrados por completo...! Pero no creo que Gallito pueda acabar con la solera de la casa de Ortega. El pasó ya. Un buen día saldrá a las Plazas otro chiquillo que haya bebido agua de la pila'r pato, y volverá a la gente loca, con esa gracia que fué marbete de la casa de Rafael y de José.

Y eso ha de ser, como dice la copla:

en un día "señalao"
de Santiago y Santa Ana

M. GARCIA SANTOS

Un toro goyesco.—Belmonteño, tranquilo, y Gallito, pintoresco.—El dramatismo de Mata.—Una cogida impresionante.—Ya hace frío

CUANDO salió el último toro de la corrida del pasado domingo brotó, en tendidos y gradas, uno de esos mosconeos y bordoneos crecientes, cuyo ritmo concéntrico es, en el sonido, la equivalencia de los círculos que se forman en el agua tranquila, cuando un cuerpo rompe su superficie. El comentario y el clamor de la gente se desataban ante la cabeza y lámina de la fiera, que parecía arrancada de un grabado goyesco. Un toro grande, de cuernos enormes; un toro pintado por Goya, un toro de hace siglo y medio. Eso era el bicho. Tenía tendencias de manso, y al principio malas ideas; luego se aplomó y suavizó, castigado por las puyas, y se quedó en toro de media arrancada. Belmonteño se mostró con él tranquilo y sereno; lo trasteó hábilmente, sin perderle la cara, y lo mató bien. Tampoco estuvo mal en su primero, en el que confirmaba la alternativa. Fué breve y eficaz, y con el capote dió unas verónicas eléctricas, de esas que tanto gustan a cierta clase de público.

En realidad, las notas pintorescas de la corrida corrieron a cargo de Gallito, como las dramáticas las acaparó Mata. Para la ceremonia de la alternativa, Gallito preparó los trastos con gran meticulosidad; pero luego, bien sea por la emoción del momento, o porque los peones no acababan de llevarse al toro, que anda roneando por allí cerca, lo cierto es que el grupo fotográfico del espada antiguo, que le cede la muleta y el estoque al más joven, se descompuso varias veces, por culpa de los dichos nervios del calé. El cual dió la versión más completa del gitamismo, enjuagándose muchas veces al borde de la barrera, probando capotes, regando la muleta con agua de botijo, como si cuidara una maceta sedienta, y soplando ante el tamaño de su segundo toro, que tampoco era despreciable. Le vimos un solo detalle con el capote: el reinarte y adorno de unas prudentes chicuelinas, donde jugó con la tela y la hizo ondear y cobrar ritmo de falda de bailaora en La danza del fuego. Pero en todo lo demás se hizo patente lo que ya es sintomático y característico en este torero, que pudo y no quiso ser una gran figura. Tenía Gallito, en sus primeros tiempos, garbo y gracia, salero y ángel. Sabía torear muy bien de capa y de muleta. Nosotros

recordamos cierta tarde de lluvia, en que el diestro, descalzo, y en medio del ruedo, dió una lección de naturales, empapando la muleta en el morro del toro, mientras el aguacero esmerilaba su faena y el público aguantaba el diluvio en los tendidos, por no perderse el suceso. ¿Es posible que aquel Gallito de aquella tarde sea este apático bailar, vestido con un traje bonito —plata y azul—, que nunca sentirá cerca la caricia terrible y gloriosa de las astas? Ya no puede ser. Ya se han pasado todas las oportunidades. En la agonía de la temporada, Gallito, descabellando desde lejos, una, dos, tres..., no sé cuántas veces, temeroso y abúlico, encogiéndose de hombros en el callejón, sordo a los pitos como a las palmas, fué el domingo la estatua de lo malogrado, de lo inasequible, de lo perdido para siempre. Por debajo de la re-

chifla del público adivinábamos un río de pena:

*Le tiembla al cantar la voz,
Ya no le silban sus coplas,
que silban su corazón.*

Eso dijo el gran poeta Antonio Machado de un cantor que pudo ser y no fué. Unos versos semejantes podrían escribirse de este gitano, que pudo y no quiso ganar lo que en el arte de los toros se ofrece a los mozos ambiciosos y valientes.

Mata, en cambio, comenzó la corrida exponiendo, dando a los cuernos la cintura, sin hurtar nunca el bulto, ciñéndose de un modo inverosímil, pero imprudente. ¡Ay, esa difícil facilidad de medir los terrenos, cuántas víctimas causó! Su cogida estaba vista y prevista. Lo extraño fué que tardara tanto en llegar. Mata se prendió, él mismo, en las astas, buscando, no la arrancada, sino el derrote del morlaco —Y ¡qué especie de pájaro!—. Por un momento creímos que había sucedido lo peor. A pesar del ruido de compañeros y peones, que intentaban quitar al toro su presa, unos cuernos buscaban, torcidos, el bulto caído para hundirse en él una y otra vez con terquedad furiosa... Se lo llevaron con la taleguilla desgarrada y la cabeza caída. Sobre la arena quedó una zapatilla desprendida en el revolcón. Clamaba por el pie de su dueño herido. Al fin, salió un subalterno de la enfermería y nos tranquilizó con esos gestos elocuentes que, sin decir nada, lo dicen todo. Menos mal.

Y entre la nota pintoresca de Gallito y la nota dramática de Mata, y el tranquilo, sereno y pausado trabajo de Belmonteño y los cabestros reloxones que se llevaron al quinto, cojo de solemnidad, se nos fué la tarde. Hace frío ya.

ALFREDO MARQUERIE

EL LAPIZ EN LOS TOROS DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID. Por ANTONIO CASERO



Pero, señor, ¿qué culpa tengo yo de que se calga el toro?...—Y una vez en pie, Gallito le hace un despiante...—Al llevarse los mansos al quinto toro, uno de ellos quedó mirando a la gente, alguien lo saludó y el buey le envió esa ceremoniosa despedida.—Momento de la cogida de Luis Mata en su segundo.—Belmonteño durante la faena realizada con el toro sexto

EL RUEDO ha incorporado a su cuadro de colaboradoras dos firmas y dos estilos que habrán de ser bien recibidos por los aficionados.

Se trata del dibujante sevillano-portugués Maqueda, que nos enseñará temas del torero a la portuguesa, y de Quinto Caldentey, en la actualidad crítico tauromáquico y dibujante de nuestro colega Balears, que tiene una manera sugestiva y original de interpretar los lances del torero.

Don José de la Loma, "Don Modesto"



Don José de la Loma, «Don Modesto»

Caricatura de «Don Modesto», hecha por Fresno y publicada en el semanario «Los Toros» el año 1909



Antes que cronista taurino, lo fué de Tribunales y de Teatros
Usaba prismáticos para mirar la colocación de las estocadas

Subyugado por una de sus crónicas, Benlliure le dedicó su famosa escultura "La estocada de la tarde"

HAY un refrán que dice: «El hombre propone y Dios dispone». Y Dios dispuso —porque sólo El puede hacerlo— que José de la Loma y Milago, «Don Modesto», fuese cronista taurino, y además de los de primerísima fila.

En varias ocasiones, algunos de sus amigos le aconsejaron que se hiciese político, presentándose primero a concejal y más tarde a diputado. Pero tantas veces como se lo propusieron rechazó la idea, diciendo que jamás sería otra cosa que lo que era, aunque le ofreciesen todo el oro del mundo, porque estaba seguro de que al nacer el señor del ángel le dijo al oído:

—Tú serás cronista taurino!

Y cronista taurino fué durante veinte años, veinte años que van desde la primavera de 1885 hasta el otoño de 1915, durante los cuales su pluma dió a la imprenta más de seiscientas crónicas de toros, tan bellas, tan alegres, escritas con tanta pulcritud, con tanto garbo y donosura, que la verdad resulta más que difícil poder señalar cuál de ellas es la mejor, la más acabada, la más pulida. Crónicas que sólo tenían para el lector un inconveniente: el de que por su interés se hacía necesaria la lectura desde el encabezamiento al seudónimo.

Y como de toros entendemos o creemos entender todos desde el menestral al hombre de ciencia, allí donde «Don Modesto» ponía su planta, si él no hablaba se le obligaba a que lo hiciera, y naturalmente el tema que salía a relucir era indistintamente el de los toros, consecuencia de su gran popularidad, de la que llegó, sin pronunciarlo, a sentirse en ocasiones verdaderamente molesto.

—¿Es que no voy a vivir más que para los to-

ros? Si al médico, al ingeniero y al abogado no les hablan a todas horas más que de sus respectivas profesiones, la vida se les haría imposible. Que me hablen del Canadá, de la industria del automóvil o de las faenas de pesca en los mares del Norte, de algo en fin que no sea de toros.

Pero esto era imposible aunque él se empeñase, y contrariando su deseo tenía que hablar diariamente de toros, y nada más que de toros, por lo que soy en creer constituye una excepción aquella en que invitado por el Círculo de Bellas Artes a dar una charla taurina, no trató de toros ni de toreros, sino de sí mismo, para explicar ante un selecto auditorio cómo se hizo cronista taurino, cómo nació «Don Modesto»; y bien siento que la brevedad de un artículo me impida repetir, con la amplitud que merece, aquel episodio de su vida.

De regreso de la Plaza, hallábase Pepe Loma en la redacción de *El Liberal*, cuando le llamó don Miguel Moya a su despacho para decirle:

—Oiga, Loma, ¿ha estado usted en la corrida?

—Sí, señor. ¡Yo voy a todas!

—Pues bien; como Sobaquillo no está ya en el periódico, haga usted la revista, y lo más pronto posible, porque me está haciendo falta el original.

Pepe Loma salió del despacho, y tambaleándose como un borracho llegó hasta la mesa de la Redacción, sobre la que empezó a llenar cuartillas y más cuartillas, presa de un gran nervosismo, porque aun cuando aquel encarguito constituía para él su sueño dorado, representaba una gran responsabilidad; se trataba nada menos que de sustituir a Mariano de Cavia.

Al cabo de dos horas, un ordenanza entró a pedirle el original. Sobre la mesa sólo había una cuartilla y rotas más de medio centenar; pero le aseguró que sólo le faltaba hacer el resumen. Total, tres o cuatro líneas.

Fué entonces cuando, olvidándose de todo, cogió de nuevo la pluma y velozmente llenó doce

o catorce cuartillas de letra menuda y nerviosa; llamó al ordenanza, se las entregó y se lanzó a la calle, por la que lleno de zozobras anduvo hasta la hora de salir el periódico, que, contra lo que él supuso, contenía, sin quitar una sola palabra, cuanto había salido de su pluma unas horas antes. Aquella su primera crónica empezaba así:

«Desde la barrera:

Cofrida inaugural.

¡Inaugural!...

¿De qué?

Pues de la temporada taurina

que comenzó ayer del modo que ustedes van a ver

ahora, y que concluirá cuando Dios quiera, y de la manera que ustedes no verán, porque apuesto un duro contra un perro chico a que si siguen las cosas tal y como empezaron, no son ustedes los que van a las últimas corridas, ni yo tampoco, por supuesto.

Entremos en materia, que se hace tarde.

Seis de Bañuelos, Mazzantini, Minuto y Bombita como jefes de lidia; hora, las cuatro de la tarde, y con la vara municipal, el señor Ruiz Jiménez.

¡Muy bien, don Luis!

Dos estocadas superiores le bastaron para deshacerse de sus adversarios. La primera mejor que la segunda, porque ésta, dicho sea sin ofender, agarró casualmente, pues el diestro se echó fuera al arrancarse. Mazzantini sabe de sobra que tengo razón en lo que digo y hasta me atrevería añadir que aquella no tuvo explicación plausible, pues el bicho se iba al trapo como un borrego y se cuadraba, ¡bien cuadrado!, siempre que al diestro se le antojaba. ¿Lo explico yo?... No; dejémoslo para mejor ocasión; pero recuérdese para cuando ésta llegue, que este cuarto toro Colorino; era el mejor de sus hermanos y el de más respetable fisonomía.

Lo que sí debe decirse es que Juan Molina, el peón insustituible, dióle tres capotazos recogiendo a la salida de los primeros pases, que fué, dicho sea, la mejor faena de la tarde; la única.»

El Liberal había perdido un gran cronista; mas gran suerte la suya porque tenía ya un digno sucesor. ¡Acababa de nacer «Don Modesto»!

Y a partir de aquel domingo de abril de 1885, Pepe Loma dejó de hacer las crónicas de Tribunales y de Teatro —firmadas estas últimas con el seudónimo de «El Indiscreto»— para escribir únicamente sobre temas taurinos.

Entre los muchos amigos que tenía «Don Rfo», había uno que, como buen carlista, sentía un odio profundo hacia *El Liberal*, y a tal extremo llegaba, que solamente oír su nombre crispábale los nervios. Pues bien, este hombre, que desde hacía muchos años no iba a la Plaza, ni le importaba un ápice cuanto en ella ocurría, compraba todos los lunes el periódico para leer —como confesó a su amigo— única y exclusivamente a «Don Modesto».

La última corrida que presencié «Don Modesto» en el desaparecido caso de la carretera de Aragón, fué la celebrada a beneficio de Cayetano Leal Pepe-Hillo, en la que Pastor, Malla, Punteret, Celita, Joselito y Algabeño II, juntamente con el beneficiado, estoquearon siete toros de Veragua, y a ella llevó como de costumbre sus famosos prismáticos, con los que miraba en la Plaza la colocación de las estocadas, y a los que algunos toreros profesaban un odio primitivo.

Pocos meses después, una muchedumbre acompañaba sus restos mortales. Era el último tributo que el pueblo madrileño —su pueblo— rendía al gran periodista «Don Modesto», que al surgir Joselito se hizo galista, erigiéndole en «Papa-Rey», como antes hizo «Papa-Negro» a Bienvenida y «Papa» a secas a Bombita. Aquel «Don Modesto», que se pintaba solo para eso de inventar categorías pintorescas, siendo suya aquella famosa frase de «Emcajadores, 9. Hay ascensor».

Se iba para siempre «Don Modesto», pero se iba feliz, porque tras arrumbar sus títulos universitarios, había llegado a ser lo que el ángel le anunció al venir al mundo:

—Tú, cronista taurino.

JUAN LAGARMA

Muy antiguo y muy moderno...
Un coñac de ayer para el gusto de hoy.

VALDESPINO
JEREZ

A PUNTA DE CAPOTE LOS TOREROS PERFECTOS

El torero perfecto, que podríamos llamar olímpico por la línea impecable de su estatua, es rarísimo en los anales de la fiesta. Sus nombres son los faros gloriosos que iluminan las grandes lagunas de la Historia. Y aun podría decirse que son la Historia misma, porque constituyen, articulados en vértebras, la espina dorsal del toreo considerado como arte. Como arte, entiéndase bien, y no como bravura ciega. Conste una vez más que preferimos los sesos a los redaños.

¿Y cuál es el torero perfecto que nos abruma con su grandeza sólo con el propósito de escribir su nombre? Sin nombrarlo está presente.

Pedro Romero. Para calibrar la enorme significación histórica de este coloso, no tienes más, lector, que hacerte esta pregunta: ¿Qué hubiera sucedido si este genio del toreo no viene al mundo el 19 de septiembre de 1754? Sencillamente que la escuela rondeña, piedra angular del toreo, no hubiera existido. Porque el toreo rondeño no es privativo de Ronda, ni de su Plaza de Toros, ni de una tradición local. La escuela rondeña, que aun invocamos como un remordimiento, tiene sólo un nombre y un hombre: Pedro Romero. Y ésta es su gloria: la de constituir él solo una fórmula de arte. Por eso es Sevilla, y no Ronda, la ciudad que recoge la herencia del maestro. El mismo Pedro Romero acredita este aserto con su magisterio en la Escuela de Tauromaquia sevillana, crisol formativo de sus grandes discípulos Francisco Montes y Curro Cúchares.

Así, Pedro Romero, por su vida, por su genio, por sus enseñanzas, por su arte, es el Júpiter Olímpico del cielo taurino. En treinta años de vida torera murieron a sus manos de modo impecable 5.700 toros. Y a los setenta y cinco años de su gloriosa ancianidad, requerido por Fernando VII para tomar parte en una corrida de beneficencia, hubo de contestar al monarca con estas líneas sorprendentes: «A pesar de los años, mi brazo no está tan débil que no pueda brindar un toro a la salud de Vuestra Majestad y de la Reina, mi Señora.» Y así fué: un público asombrado tuvo la sensación en aquel viejo del lidiador formidable que había sido.

En Ronda, a 10 de febrero de 1839, rinde su alma al Creador el gran Pedro Romero. Su cuerpo, trabajado por ochenta y cinco años, no presenta en su reciedumbre ni un rasguño, ni una cicatriz por asta de toro... ¿Quiérese una síntesis más perfecta del torero perfecto?

Francisco Montes, Paquiro. He aquí la elegancia, la finura, el buen gusto en el arte de torear. «El torero no es un matarife —decía—; el torero es un artista que debe ocultar con su arte el lado repugnante del oficio.» Este sólo propósito, cuando el toreo aun estaba en formación, le constituye en



Francisco Montes,
Paquiro



José Gómez
Gallito

una figura excelsa. Su arrojo era consciente, pleno de una pasmosa serenidad. Dominador de todas las suertes, saltaba al trascuerno y a la garrocha. No tuvo competencia posible y fué llamado con justicia el Napoleón de los toreros. Murió en su pueblo natal, Chiclana, el 4 de abril de 1851.

Curro Cúchares. Eminente figura contradictoria por los contradictorios juicios de sus contemporáneos. Su torero cerebral, personal y originalísimo, levantó tempestades de pasión.

De un lado, se decía:
«Admirable y asombroso atronador, matador de tronío y torero atronado.»

Y de otro:
«Salta, brinca, corre, capea, mata, descabella, adora, banderillea, saluda y zapatillea los toros.»

Pero el gran reproche consiste en la mayor alabanza a su sabiduría. Decíase de él que, conocedor como nadie de los secretos de su profesión, se prevale de esta superioridad para torear con ventajas. A través del tiempo nos huele a elogio esta censura. Es justamente la misma que se ha esgrimido en vida contra los grandes toreros perfectos.

Su arte era tan *suyo*, tan *intransmisible*, que no pudo tener imitadores, porque el genio nunca los tiene.

Torero de raza por su sangre y por el ambiente glorioso del barrio de San Bernardo, era un chaval de doce primaveras cuando llamó poderosamente la atención de su insignie maestro Pedro Romero. A los quince años mató un novillo en Sevilla y desbordó el entusiasmo del público. Desde entonces hasta la fecha de su muerte fué su vida torera una constante actualidad de treinta y cinco años maravillosos.

No cabe en un ligero apunte la silueta justa de este artista esclarecido. Basta consignar un hecho que lo retrata: al montar en el coche de los toreros para ir a la Plaza, solía decir a su hija María de la Salud: «más tarde esposa del Tato».



Cúchares

—¡Hasta luego, hija mía: yo soy de los pocos que cuando se visten de luces pueden decir *hasta luego*!

Cuando murió en La Habana, víctima del vómito negro, el 5 de diciembre de 1858, su cuerpo no presentaba cicatriz ni costurón por asta de toro... ¡El torero perfecto!

**

El nombre de Cúchares se enlaza en el tiempo con el de Lagartijo, suprema elegancia. El de Lagartijo con el de Guerrita, ciencia suprema. Y el de Guerrita con el de Joselito, suprema desventura. Hemos nombrado los que a nuestro parecer fueron toreros perfectos en el ámbito conceptual de una ambiciosa superación de belleza. Y es curioso observar que en esta cadena de maestros, desde la ingente figura de Pedro Romero a la truncada de Joselito, hay como un aire de familia, como un cordón umbilical que los une, como una carrera de la antorcha que va de mano en mano hasta morir la llama en la sangre del último torero perfecto... En la arena de la Plaza de Talavera permanece la antorcha caída... ¿Cuál será la mano que la levante?

FEDERICO OLIVER

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180

ESTAS corridas de la feria del Pilar, en Zaragoza, son las que, por su importancia, cierran todos los años el paréntesis taurómaco de la temporada.

Tradicionalmente corridas que en los anales de la brava fiesta ocupan un destacado lugar, por que, entre otras cosas, casi siempre se registraron en ellas sucesos de gran significación en la historia de los más afamados lidiadores.

En la celebrada el día 15 de octubre de 1899 se retiró del toreo, inopinadamente, aquella figura cumbre, Rafael Guerra, Guerrita, llenando de consternación a los aficionados de tal época, y en el palenque zaragozano tenía el propósito firme de hacerlo.

Y quería hacerlo así, llegado el momento oportuno, porque el inolvidable maestro de Gelves sentía por los aficionados de la heroica capital un profundo cariño.

El circo taurino zaragozano fué teatro de los primeros pasos de José, como becerrista.

Ocurrió esto en 1910, y hecho ya matador de toros, desde los dos siguientes años hasta el 17, José no dejó de figurar en los carteles de la feria.

Dotorado en Sevilla por su hermano Rafael el 23 de septiembre de 1912, y confirmado por el mismo en Madrid el 1 de octubre siguiente, el 14 y 15 de este último citado mes actuó por primera vez en las corridas de la Pilarica.

En dos corridas tomó parte —13 y 14 de octubre— en 1913.

Volvió, en iguales fechas, al siguiente año, y en 1915 José toreó en las celebradas el 13, 14 y 15 del susodicho mes.

En 1916 los espectadores se deleitan con el arte y el dominio del inmenso torero, en los días 13, 14, 15 y 18, e igual sucede el 13, 14, 15 y 17, también de octubre, del siguiente año.

Y ya no vuelve José Gómez, Gallito, a ninguna feria de Zaragoza, porque en 1918 no se celebraron las corridas por causa de una gran epidemia, y el 19, sus preparativos para el viaje a Lima se lo impidieron.

Ardua tarea sería detallar uno por uno los triunfos obtenidos por el gran torero en todas aquellas corridas; pero los veteranos aficionados no olvidan los conseguidos el 13 de octubre de 1913, en que José, por cogida de Gaona, despachó seis buenos mozos de Veraagua, lidiando el de más

La última corrida de Joselito en Zaragoza

Gallito pensaba retirarse en la feria del Pilar y casarse después



En el patio de caballos de la Plaza de toros de Zaragoza, Joselito y Saleri II se disponen para hacer el paseillo. En segundo término se ve a los banderilleros de José, Blanquet, Almendro y Cantimplas

peso corrido aquel año en España, y la hombrada de encerrarse con siete toros de Contreras y Bueno, en la cuarta corrida de feria del año 16.

Carácter de acontecimiento taurino tuvo la última corrida que toreó Joselito en Zaragoza.

Muerto trágicamente en Madrid el torero de la tierra, Florentino Ballesteros, y desamparada su familia, José, siempre caritativo, organizó en su beneficio una corrida toreando desinteresadamente.

Tuvo lugar el 19 de mayo de 1918, acompañándole el alcarreño Julián Sáinz, Saleri II, y el cordobés José Flores, Camará.

Después de hacer el paseo, José fué objeto de una delirante ovación, entregándole los niños del Hospicio, en recuerdo del desventurado Florentino, varios ramos de flores, conmoviendo la escena hondamente al público.

Lidiáronse seis toros de Santa Coloma. Gallito, ante los acordes de la música, realizó con su primer astado una maravillosa faena, coronándola con un gran volapié.

Le concedieron la oreja y dió la vuelta al ruedo bajo una tempestad de aplausos.

Banderilleó al cuarto cornúpeto admirablemente, ejecutando con la muleta una inteligente faena. Al dar un pinchazo se lastimó la mano derecha, terminando, no obstante, con el cornudo, de una estocada e ingresando en la enfermería entre frenética ovación.

Contra su voluntad, no le dejaron los médicos salir al ruedo, y, ya en el hotel, fué visitadísimo por amigos y admiradores, ante los que José manifestó que desde hacía tiempo venía padeciendo una luxación en la referida extremidad.

Esta fué la última vez que Gallito, en su taurómaca existencia, pisó el albero del coso zaragozano, en una corrida de impercedero recuer-

do, acreditativa de sus humanitarios sentimientos.

En unión de otros amigos de José me hallaba en Cádiz el 19 de marzo de 1920. Esperábamos el feliz arribo del gran torero, que acababa apoteósicamente de triunfar en Lima.

En el muelle escrutábamos con ansiedad el horizonte. Al filo de la una y media de la tarde empezó a destacarse la silueta del transatlántico que lo llevaría a bordo. Treinta minutos después atracaba el vapor, y Joselito, emocionadísimo, nos abrazaba a todos.

Siempre atento, demoró su regreso a Sevilla veinticuatro horas, obsequiándonos con una espléndida cena para festejar su retorno a la madre Patria y celebrar el día de su santo!

Fué en aquel —para mí inolvidable— día cuando tuvo conmigo la confianza.

Nos hallábamos solos en el Hotel París.

—Deseaba mucho —me dijo— regresar a España.

Estoy enamorado de la hija de un popular ganadero sevillano y voy a casarme con ella.

Dentro de un par de temporadas —prosiguió— me retiro. Y lo voy a hacer como Guerrita: en la feria del Pilar de Zaragoza, a la que tanto amo, y por sorpresa.

—Está muy bien —le contesté—. Que se cumplan pronto tus deseos y que seas muy feliz.



Rafael Guerra, Guerrita

Dos meses más tarde, Bailador, en Talavera de la Reina, lo echó todo a rodar.

Y Joselito se fué al otro mundo con sus dos grandes deseos: ¡Torear su última corrida en Zaragoza y ser feliz, contrayendo matrimonio, con la bellísima hija del ganadero andaluz!

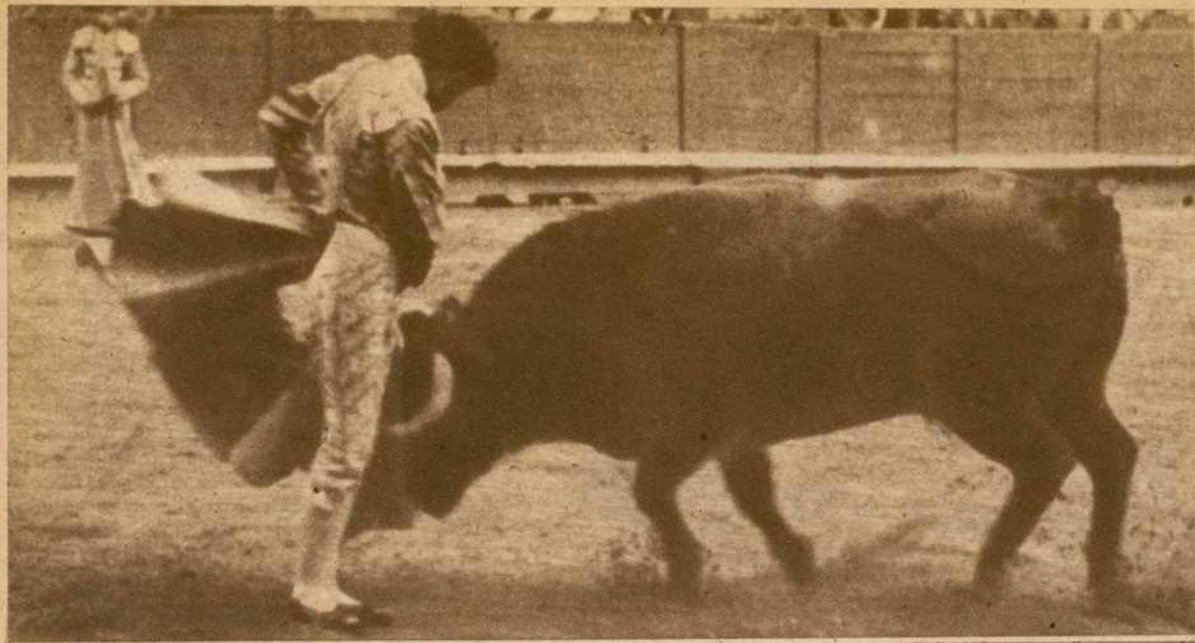
Hace unos años, la última vez que estuve en Sevilla, fui al cementerio de San Lorenzo para hacerle la visita a José. Estaba Maravilla allí, en su mausoleo, blanca la cara que cincoló Bonillure, y estaba solo, como decía Bécquer que se quedan los muertos...

Recé un instante arrodillado ante la tumba, donde también descansa Ignacio, y luego, bajo aquel sol sevillano y frente a los rosales que crecen en el cementerio, recordé aquella noche en que cenábamos en Cádiz y me decía José, lleno de optimistas proyectos: «Me voy a retirar en Zaragoza y me voy a casar con una señorita sevillana, de la que estoy enamorado...»

DON JUSTO

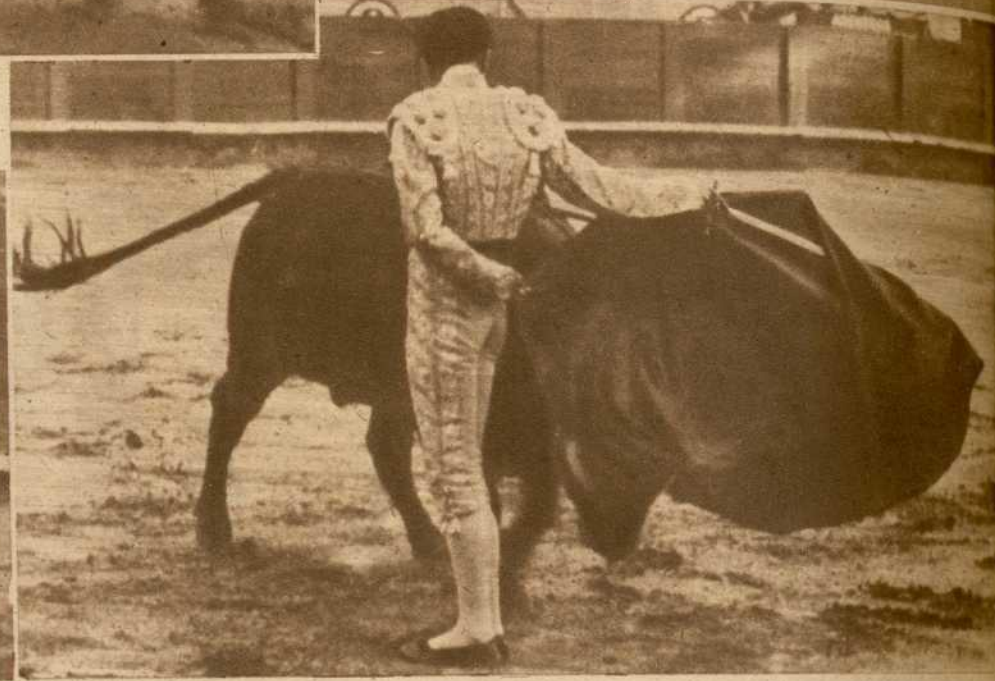
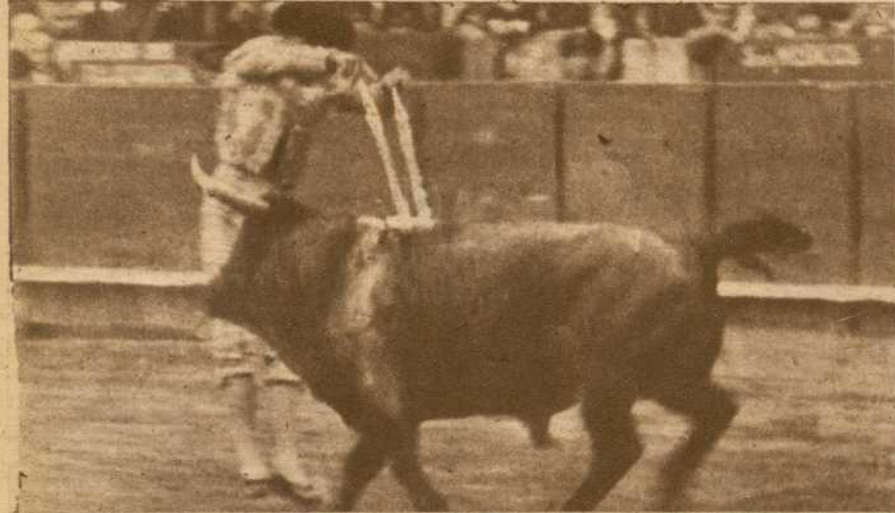


La mejor Ginebra
estilo Inglés
J.M. RIVERO-JEREZ



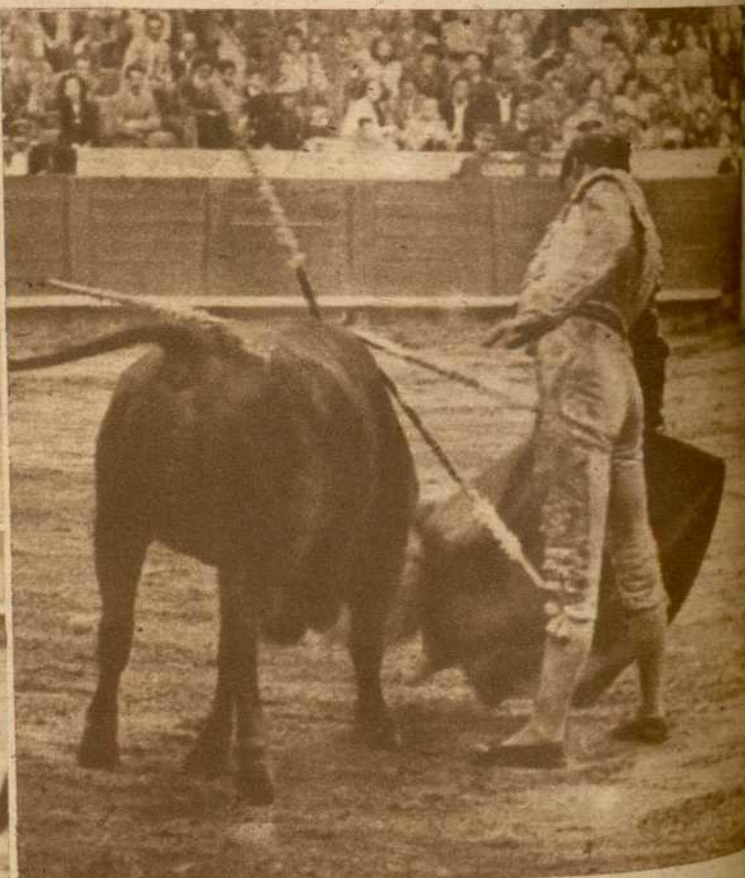
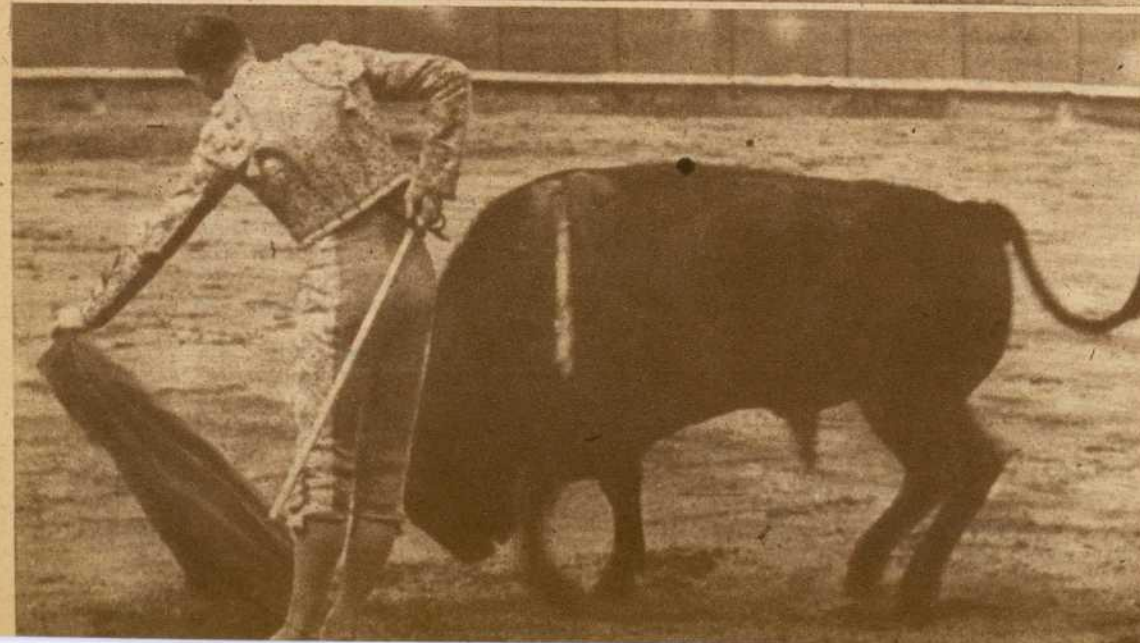
Albalcín remata un quite con su clásica media verónica

Gregorio García banderillea por los terrenos de dentro



Un muletazo con la derecha de Gregorio García

Una manoletina de Rafael Albalcín



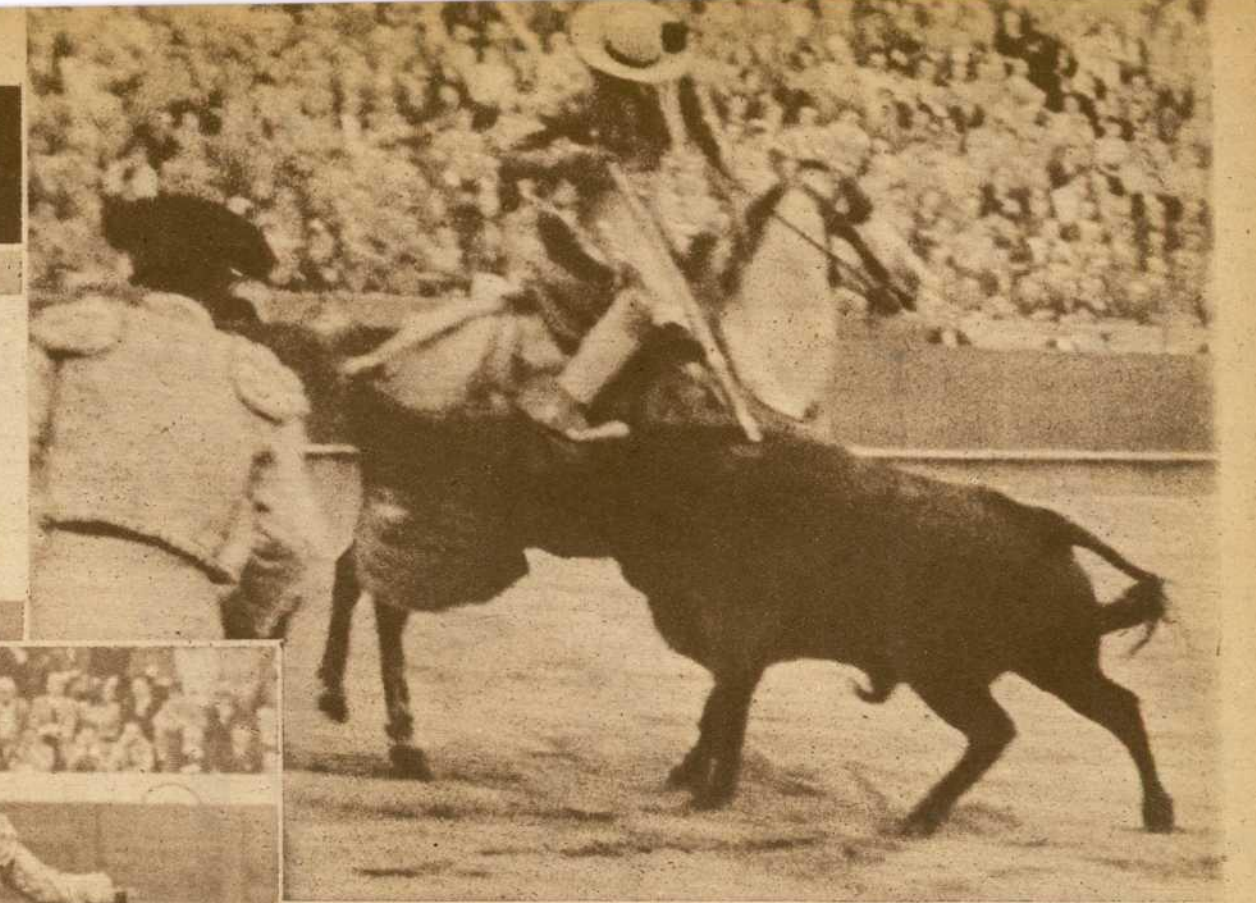
Un natural de Rovira a su segundo

Gregorio García en la faena a su segundo toro

CARTEL DEL DIA EN BARCELONA

Seis toros de doña MARIA MONTALVO

Albalcín, Gregorio García y Rovira

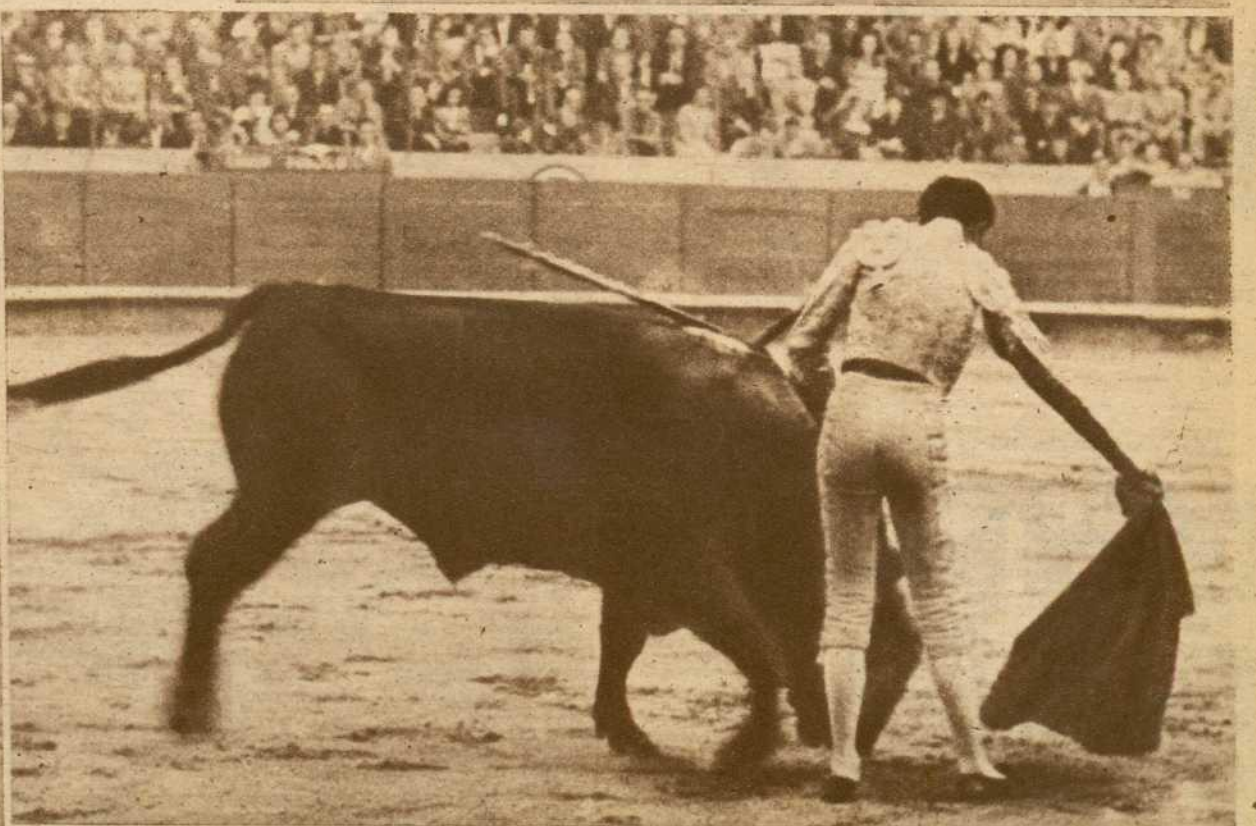
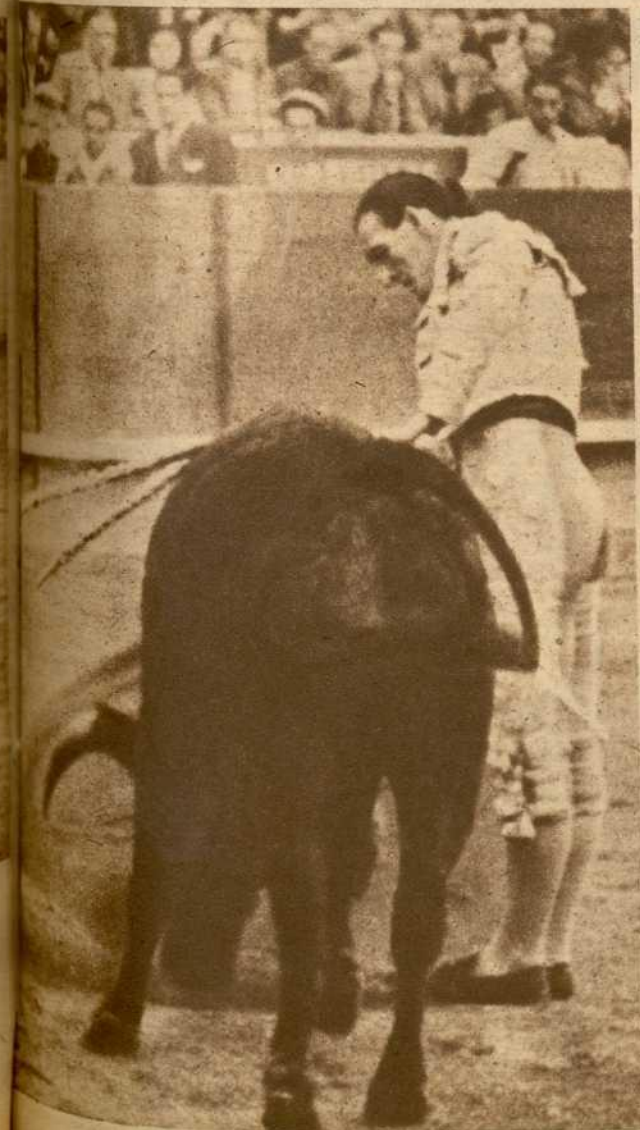
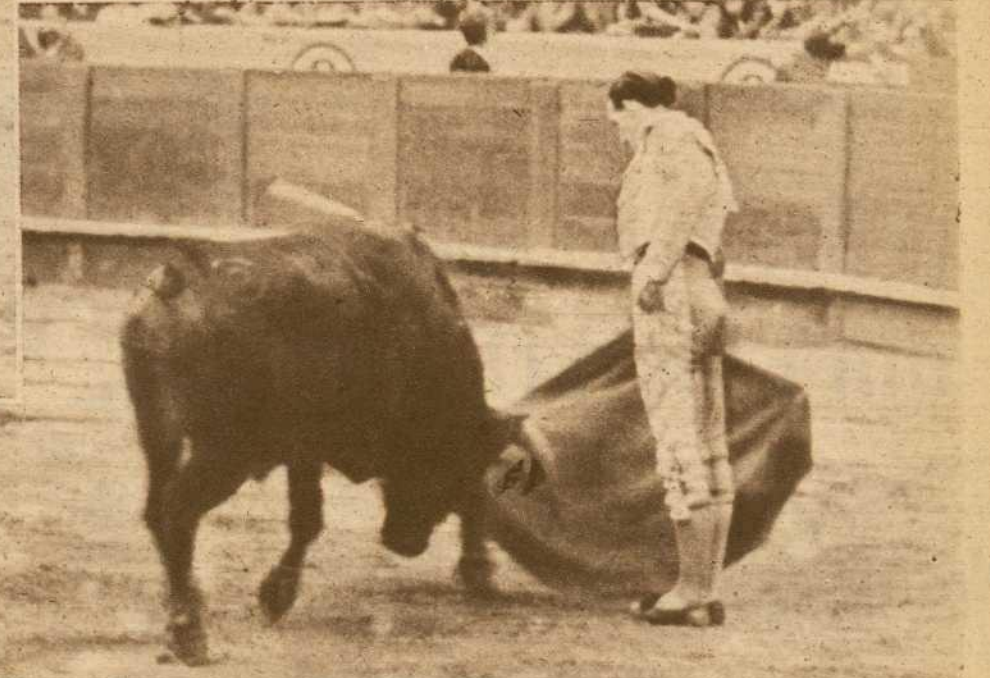


El de Montalvo recarga, y Albalcín se prepara para hacer el quite



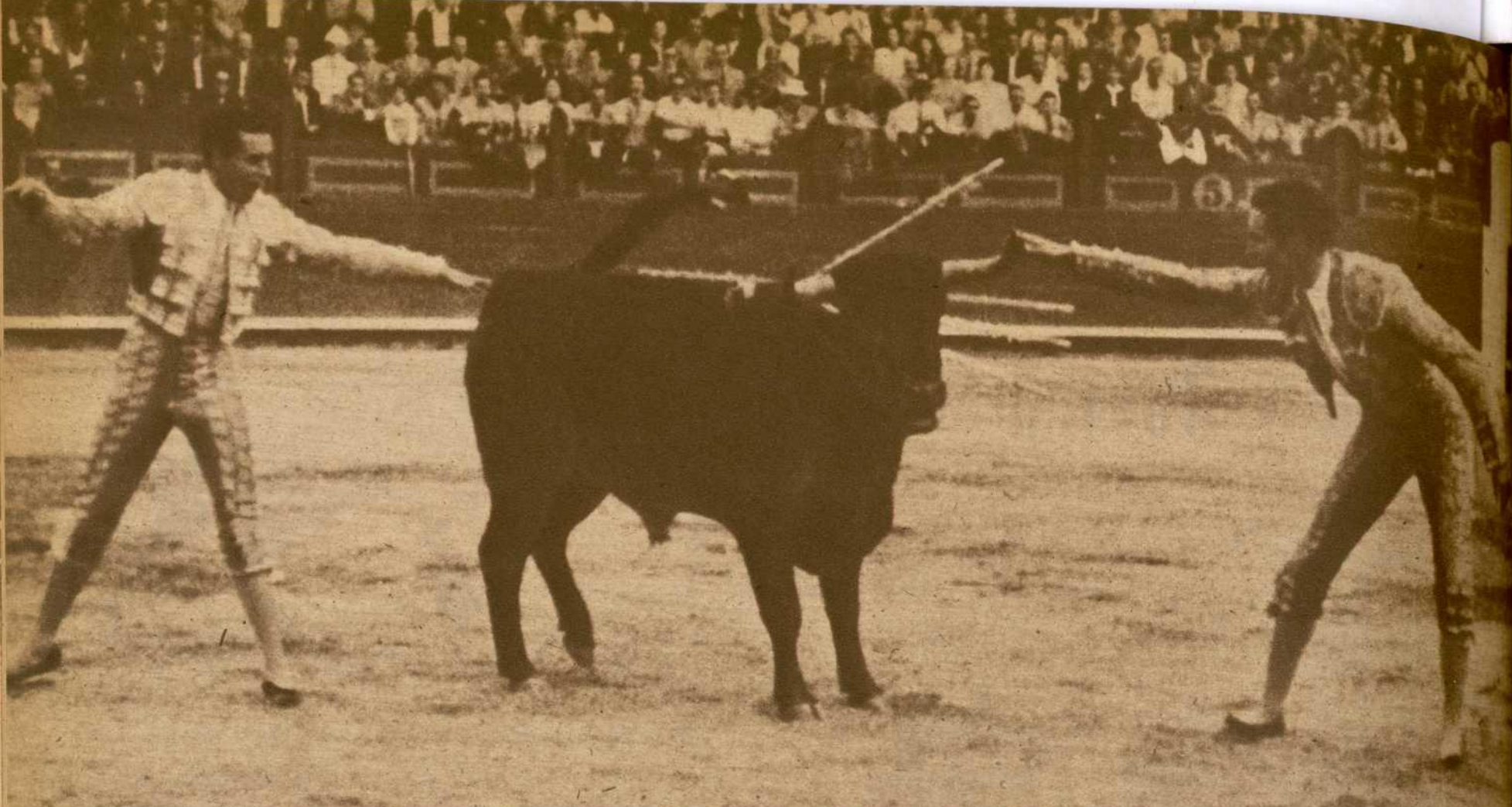
Gregorio García torea por manoleínas

Rovira en la serie de rechazos de su primera faena (Fotos Valls)



Rovira en la faena a su primer toro

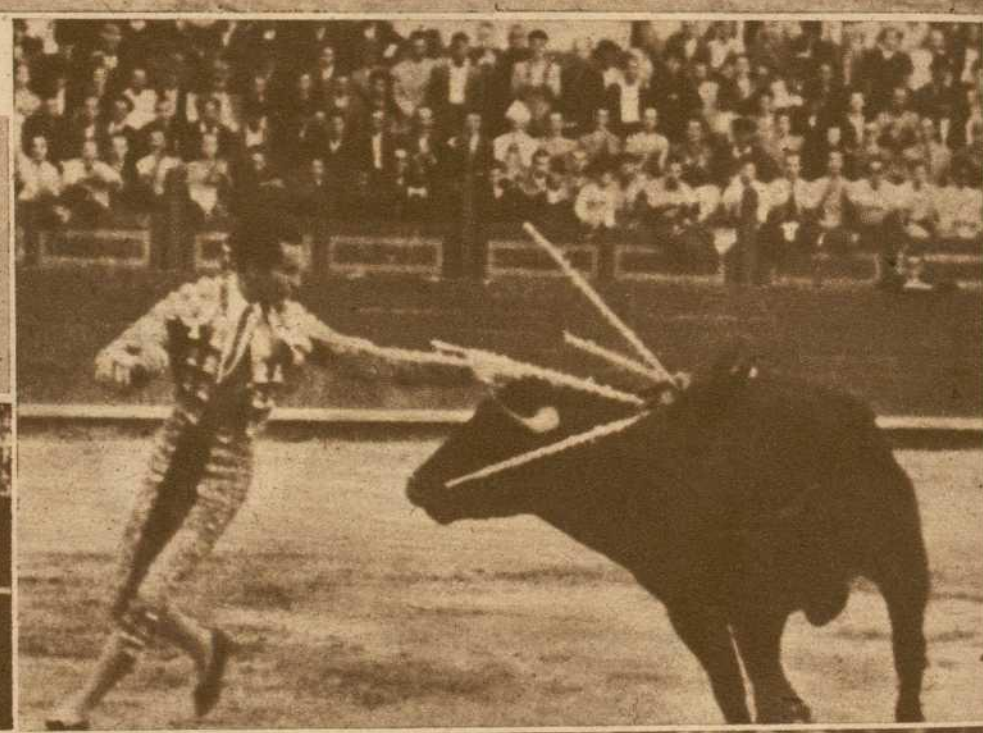
Un buen muletazo de Albalcín



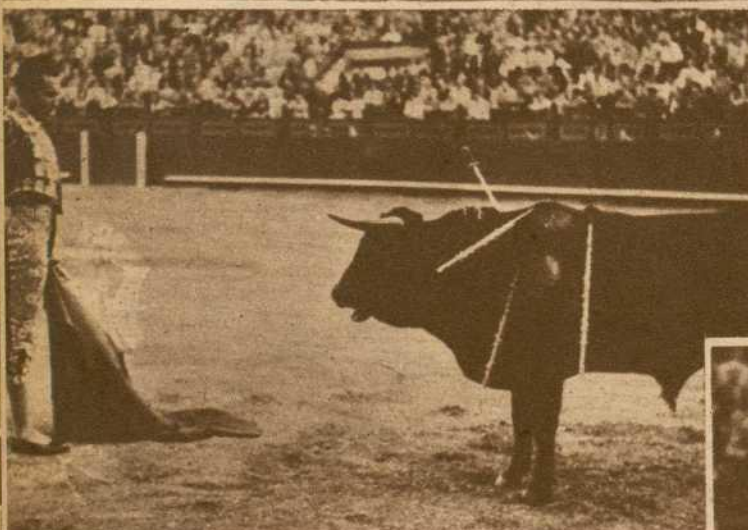
Los hermanos Dominguin juegan con el toro en el tercio de banderillas

La corrida del domingo, día 13, en LORCA

Luis Miguel se adorna a la salida de un par (Fots. López)

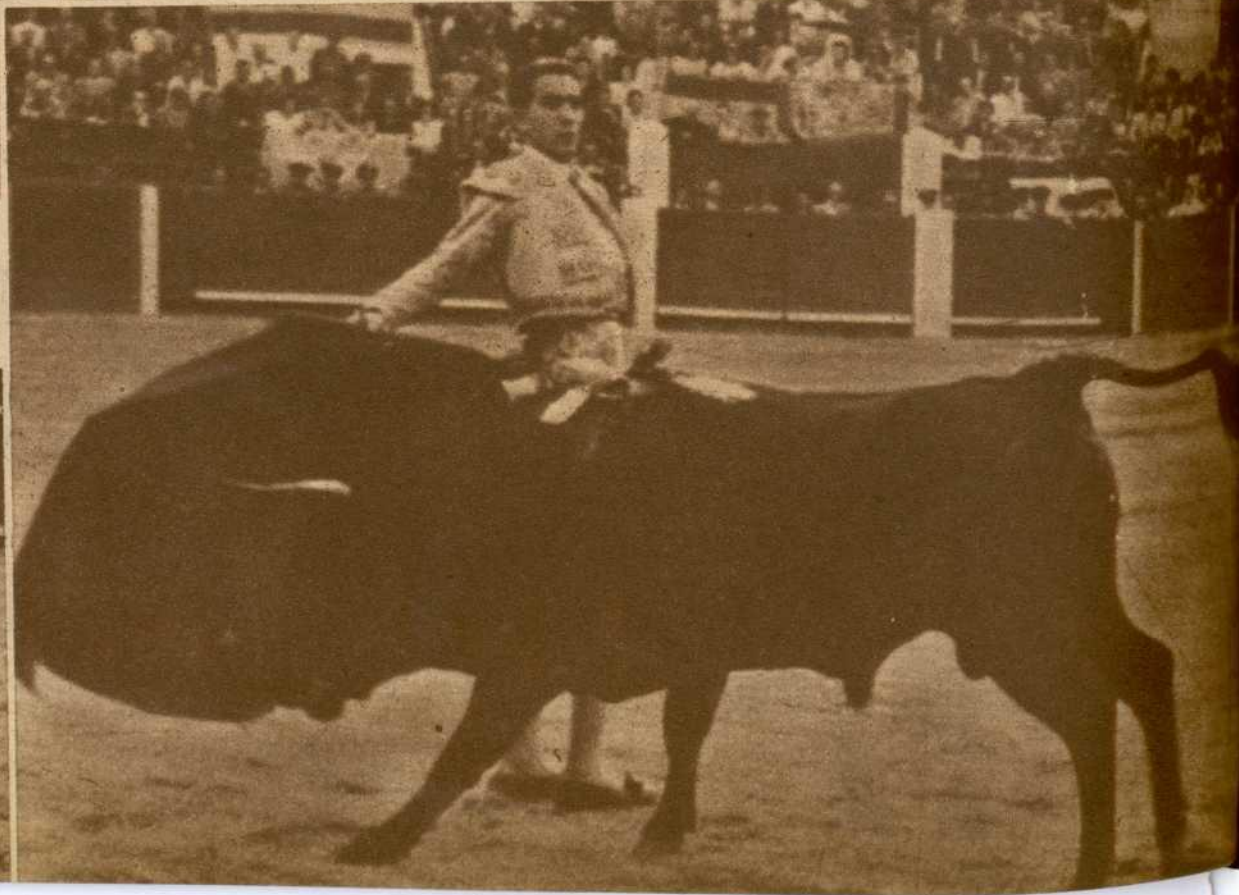
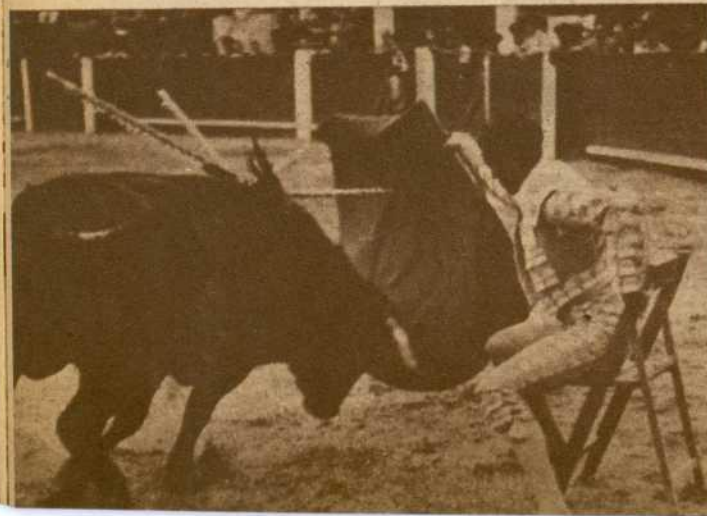


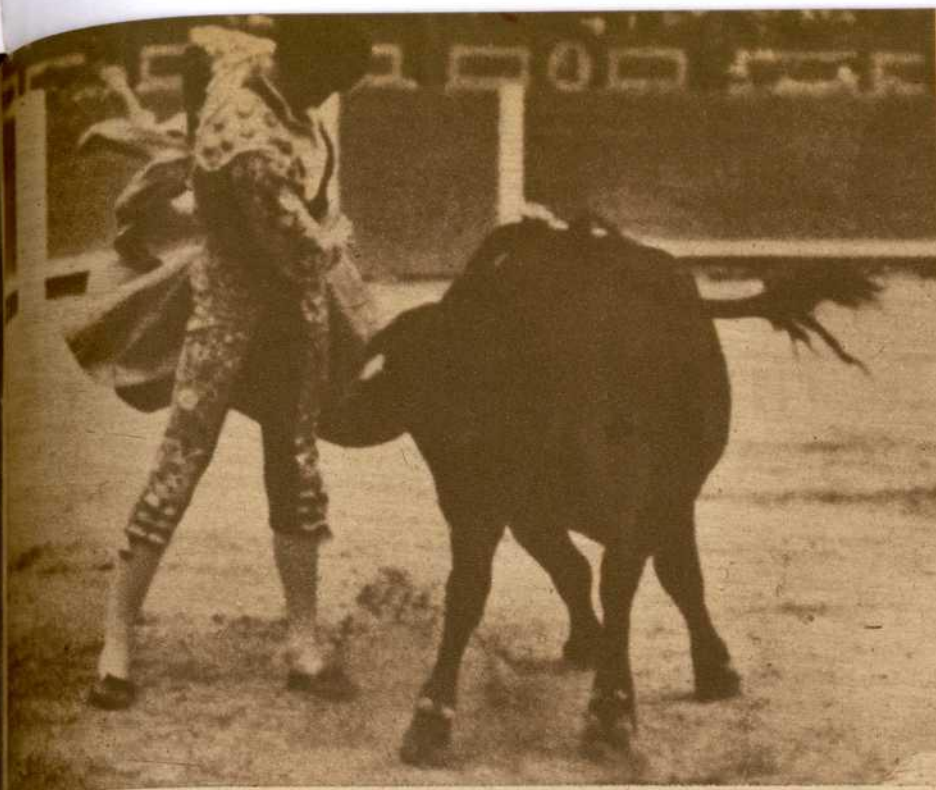
Una manoletina de Parrilla mirando al tendido



Luis Miguel ve doblar al toro, bien herido en lo alto

Pepe Dominguin inicia su faena toreando en silla

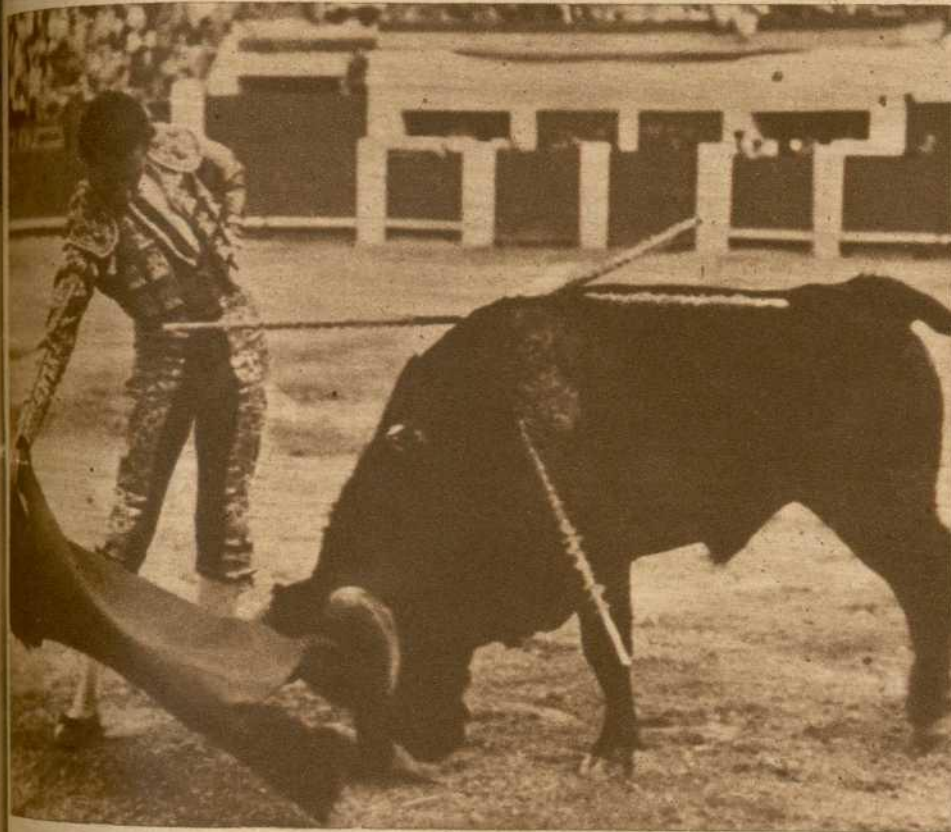




Luis Miguel remata un quite con media verónica



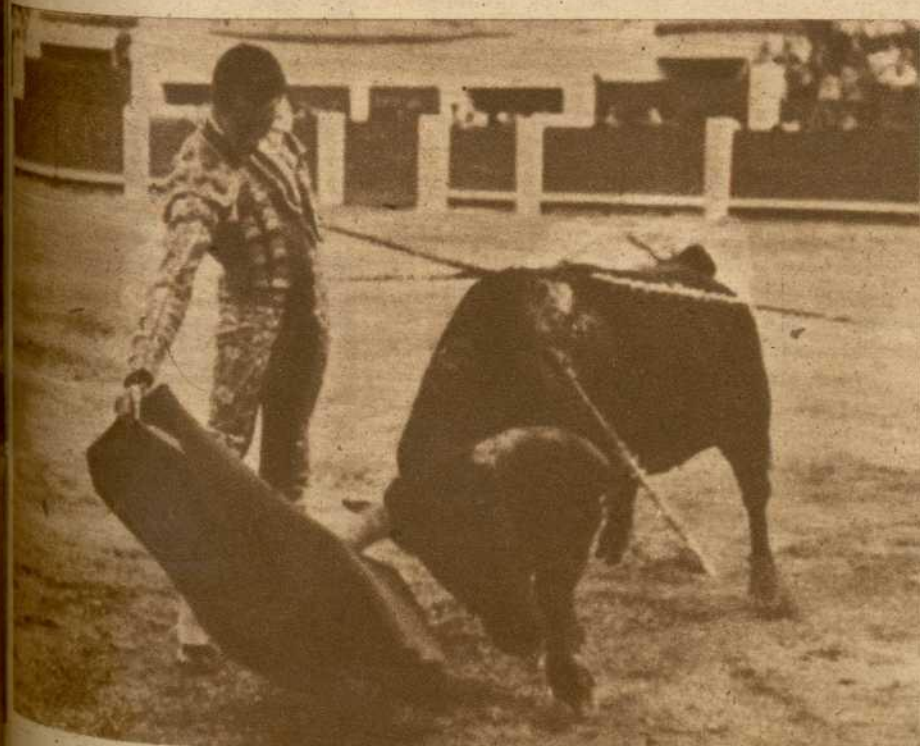
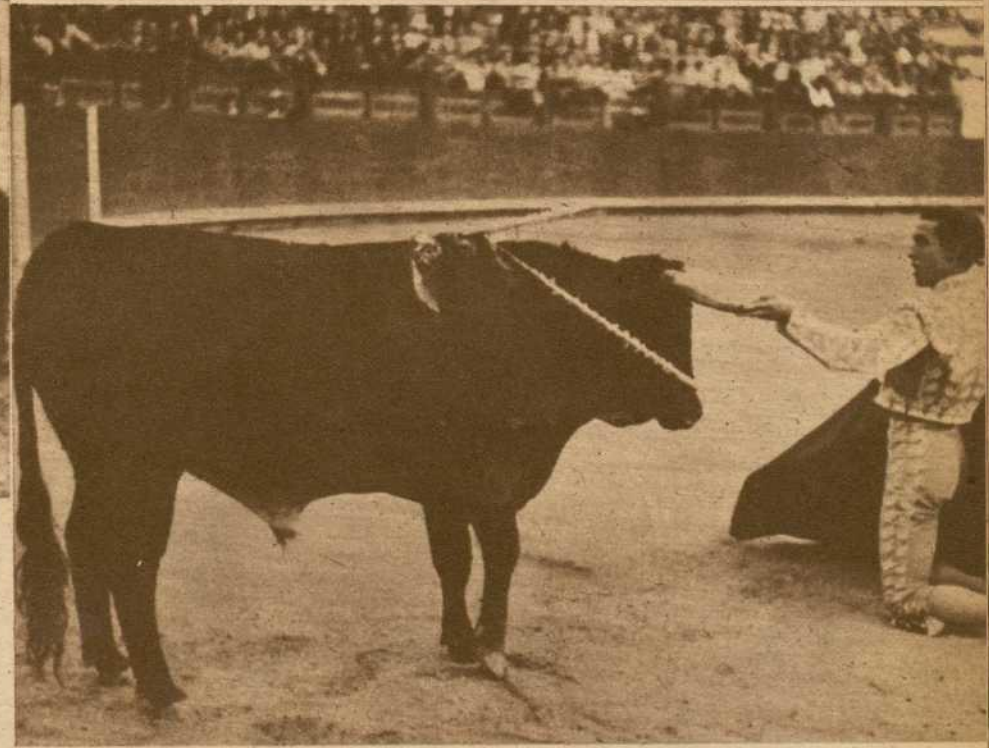
Los tres matadores dan la vuelta al ruedo, ovacionados por el público



Un pase en redondo de Luis Miguel

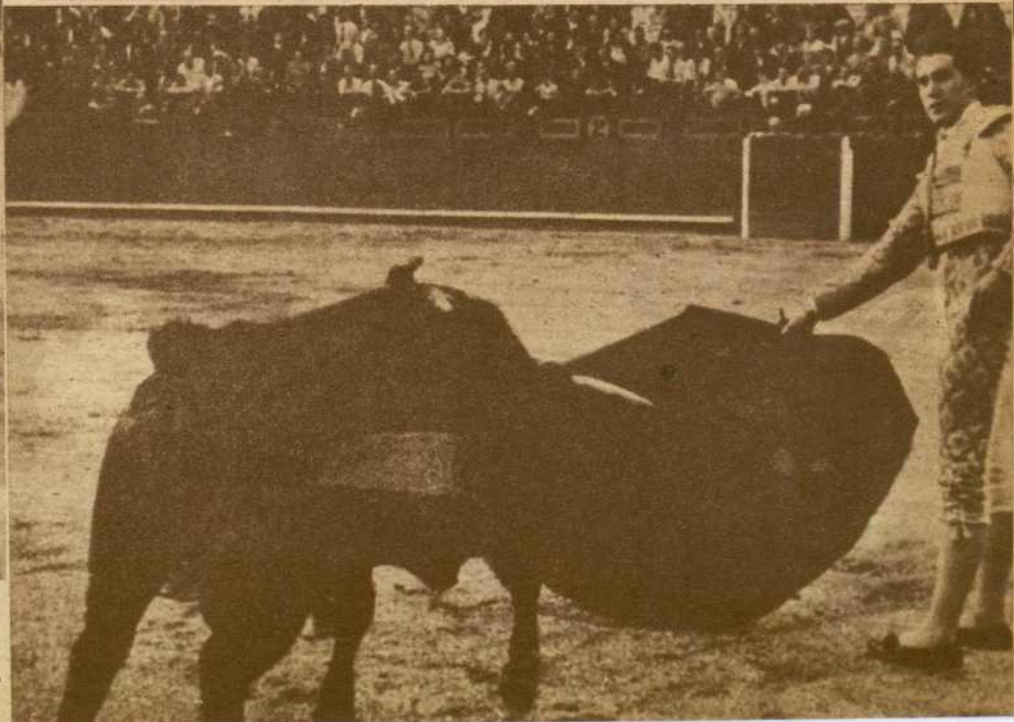
Un adorno de Pepe Dominguín durante la faena al primero →

Seis toros del duque de PINOHERMOSO
PEPE y LUIS MIGUEL
DOMINCUIN y PARRITA



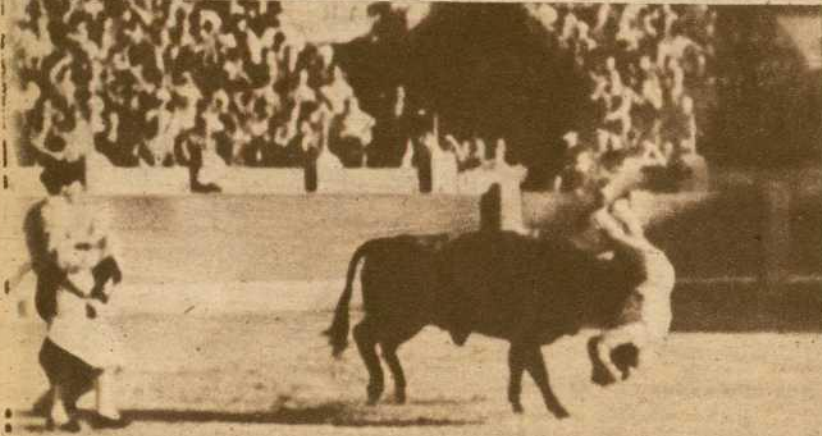
Un buen muletazo de Luis Miguel

Parrita muletea al toro que cerró Plaza



Las corridas de la Feria del Pilar, en Zaragoza

**Día 13 - Toros de Samuel Hermanos
Juan Belmonte, Pepe
Luis Vázquez y El Choni**



La feria comenzó con sangre. Sangre de El Choni...



... Y sangre de Juanito Belmonte sobre el ruedo de Zaragoza



Pepe Luis triunfó en la prueba...



... Y Belmonte lució mientras estuvo en la Plaza

LAS PEQUEÑAS EVOCACIONES

En los días del Pilar el año 46

OTRAS tardes de otros años, a estas mismas horas y por estas calles, hemos caminado hacia la Plaza de Toros de Zaragoza. Siempre, como ahora, de prisa. Las corridas del Pilar siempre han comenzado muy temprano, y a los que antes nos encantaba trasnochar, nos empujaba casi con violencia el tiempo. Las calles, las mismas, han variado un poco. Sobre algunas, como sobre tantas de nosotros, ha ido cayendo la dorada melancolía del otoño. Otras se han rejuvenecido insospechadamente al conjuro de una cirugía estética tan en boga como en determinadas bellezas femeninas, en las ciudades. Hoy, la verja del viejo Hospicio —de donde saliera Florentino Ballesteros para ser un gran matador de toros— ya es otra. Tampoco a la calle de la Paja, tradicionalmente taurina, se entra por el Arcó de San Roque, que nuevos vientos hicieron desaparecer. En muchas caras conocidas y amigas los años fueron arando lentamente surcos profundos. Otros rostros de personas con quienes convivimos ya no los encontramos. ¿Fulano? ¡Ah!, sí! ¡Pobre! ¿Y Mengano? Sí, sí. También.

Todo este gozo y esta pena de querer recordar en poco lo que se vivió en mucho, en el pausado transcurrir de otros días, no es la evocación primaria del cualquier tiempo pasado... No es el anteayer retrospectivo, ya desvaído y desfigurado. Es casi el ayer mismo. Lo que no llega aún a ser historia y nos hace dudar siquiera si fué cierto, porque todavía no está escrito en los libros.

Probablemente no son demasiados años en la cronología y sí muchos en la intensidad; y ahora vamos andando por estas mismas calles, más lentamente, porque ya nos falta menos ruta de la vida que recorrer, recordando aquí y allá, riendo a veces como entonces o quedándonos de pronto tremendamente serios. Época remota y cercana al mismo tiempo, más alegremente despreocupada aquella, repleta de aspiraciones desordenadas; más serenamente ilusionada ésta, junto a la mujer en quien la ilusión-cuajó y unos hijos en quienes transfundir ideas y amores de esta tierra áspera y entrañable, en la que durante tantos años soñamos y sufrimos, y a la que ahora hemos venido con la emoción del buen recuerdo, como otro día, al cabo de una ausencia sobresaltada, volvimos en pura ofrenda de gratitud a rezar a los pies de Nuestra Señora del Pilar.

...

Ese que anda por el callejón celebrando apartes con los servidores de la Plaza, dando órdenes, cambiando impresiones y dando cigarrillos a los toreros que han saltado para descansar de la lidia del toro que acaba de arrastrarse, es Marcial La'anda. Sí; es el propio Marcial La'anda, hoy empresario o coempresario de la Plaza de Toros de Zaragoza y ayer figura principalísima de estas fiestas del Pilar, cuando la corrida de Miura —los Miuras de entonces— eran un pleito de arreglos y sustituciones del que nunca se sabía nada definitivo hasta la hora de comenzar.

Pero ya no están otros empresarios de hace tan sólo quince o veinte años. Ni Villita, con la fachenda de sus tufos; ni Demetrio Frailé, ágil, magro, nervioso, que se salía al pasillo de los palcos en cuanto por los tendidos se armaba bronca por la defectuosa presentación de algún toro; ni Pagés, con su cara de indio y su eterna varita entre las manos, esa varita en la que por una superstición pueril quería hacer residir su buena suerte. Celestino Martín ya no anda tampoco en negocios de toros, como entonces, cuando en el año 34 ocurrió aquel espantoso accidente de automóvil en las proximidades de El Escorial, en el que perdieron la vida Fausto Barajas y Mefisto, el poeta popular de Zaragoza, que firmaba sus crónicas taurinas con el seudónimo de Juan Gallardo.

Sí, sí. Todo esto ha variado un poco. Como las calles. Entonces, con Marcial alternaban aquel Cayetano, el de Ronda, que durante un par de años sumó más corridas que nadie, y que fué una esperanza de la fiesta. Y eran las tardes atronadoras de Nicanor Villalta, y se vestía de torero Braulio Lausín, el León de Ricla, y figuraban en la mayoría de los carteles Vicente Barrera, con su hacer vertiginoso, y Félix Rodríguez, que tan de cerca toreaba a aquellos toros, y Antonio Márquez, el torero rubio, mago de la muleta, y Curro Puya, aquel Gitanillo de Tri-

La calle de la Paja... pero ya no se entra a ella por el Arcó de San Roque...



Ya no está en Zaragoza Villita con la fachenda de sus tufos...

¡Aquella verja del Hospicio, de donde salió Ballesteros para ser matador de toros...!

na, que es quien mejor ha toreado de capa desde que el toro existe...

Y luego Ortega, con su dominio asombroso de coger los pitones de los toros al cuarto muletazo... cuando eso de coger los pitones a los toros impresionaba a las gentes.

Acaso época de transición en la historia del toro; pero época de más gestos gallardos y de menos tantos por ciento. Época, después de todo, muy reciente, que se nos viene a la memoria de un golpe en esta tarde de otoño, en la que todavía no ha saltado el ciervo, presente ya cuando en la noche de finales de octubre desfilan los faroles y las carrozas de la retirada que termina el programa de las fiestas, y mientras a la salida del sexto toro resuena en la Plaza la jota. Quizá sea en esto en lo que no advertimos modificación alguna; como entonces, ahora las gentes jamás acompañan sus palmadas en el penúltimo acorde. Hay siempre un punto en que las gentes no coinciden.

...

Otra vez estamos en esta Plaza de Toros de Zaragoza. Ya las figuras son otras. Es la de Pepe Luis, fino y garboso, con la gracia y la picardía de un niño bueno que en su vida ha roto un plato; es la de Luis Miguel Dominguín, con la insolencia arrolladora de su juventud valerosa; es Antoñito Bienvenida, que no acaba en esta temporada de enfadarse con los toros, cuando con los toros hay que enfadarse casi siempre...

Y por los tendidos, junto a caras nuevas, los rostros, ya más viejos, de otros años. Los amigos cordiales de entonces que agitar las manos alegremente en alegres saludos de bienvenida. También los viejos resentidos, angulosos y amarillentos como la envidia, que vivieron siempre en el rencor y que jamás acertamos a explicarnos por qué, cuando si no lo consiguieron todo por ellos mismos lo heredaron todo. Que es más fácil.

Y así como cuando cada año, al acabar las fiestas, y habían salido los gigantes y cabezudos para que los «encorriera» la chiquillería; y se había paseado por las calles del Rosario, o la procesión de cristal, y se arrastraba el último toro de la corrida del «comercio», decíamos el gran topicazo «Ahora, a trabajar», también hoy, apenas pegustado brevemente nuestro itinerario sentimental, a nuestros lares volvemos a trabajar también. Con la misma fe, con el mismo empeño; pero, ¡ay!, con menos muñecos en la cabeza ya.

MANUEL CASANOVA
(Zaragoza, en las fiestas del Pilar)

**Día 14.-Reses de Atanasio Fernández
Pepe Luis, Luis Miguel
Dominguín y Rovira**



Los de Atanasio derribaban a los caballos...



El garbo torero de Pepe Luis luce en esta verónica



Luis Miguel Dominguín toreó así al segundo



Un natural del argentino Rovira (Información gráfica de María Chivite)

LAS CORRIDAS DE LA FERIA DEL PILAR EN ZARAGOZA

ANECDOTARIO DE LA FERIA

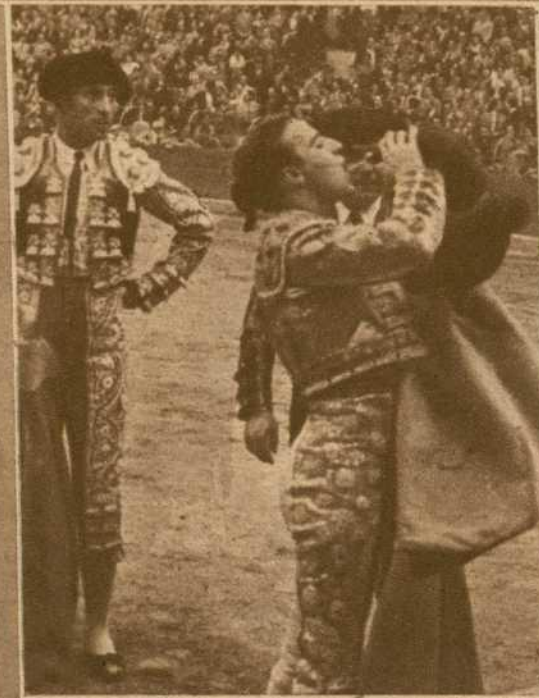
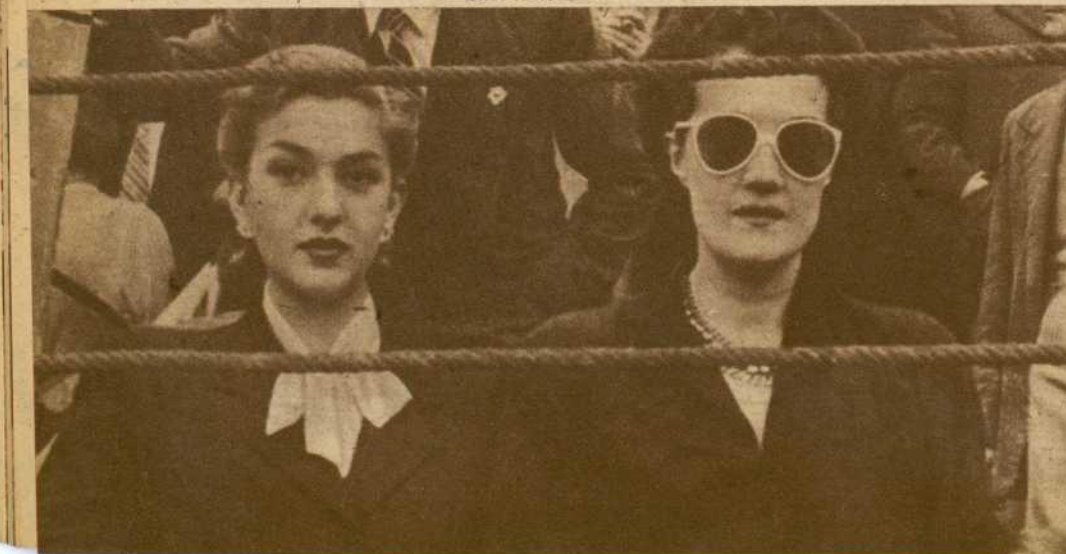


Pepe Luis Vázquez, con Cossio, sale del Pilar de hacer su ofrenda



Pepe Luis dedica a la Virgen el capote de paseo que obtuvo en la corrida de Beneficencia

María Fernanda, y su hija Amparito Rivelles, presencian las corridas desde una barrera

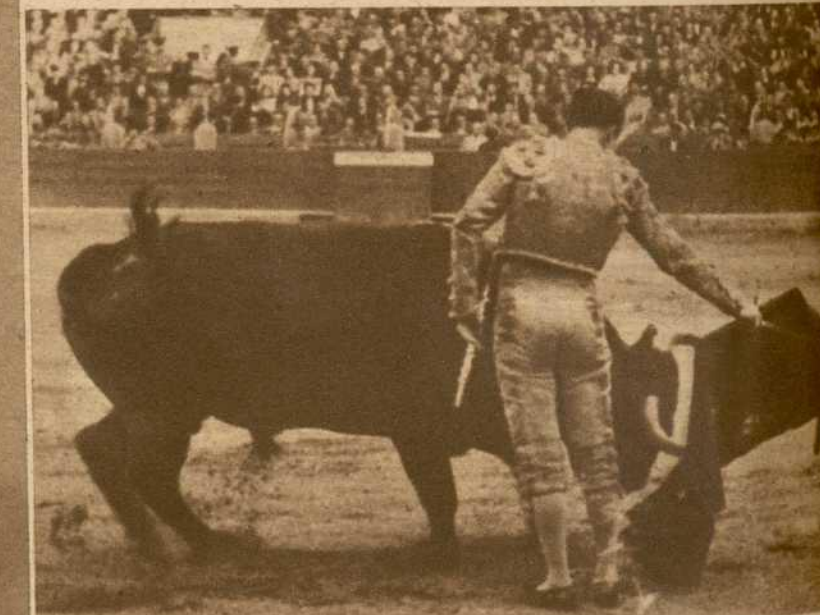


DIA 15
Toros de don
Pepe Luis
Bienvenido
Miguel

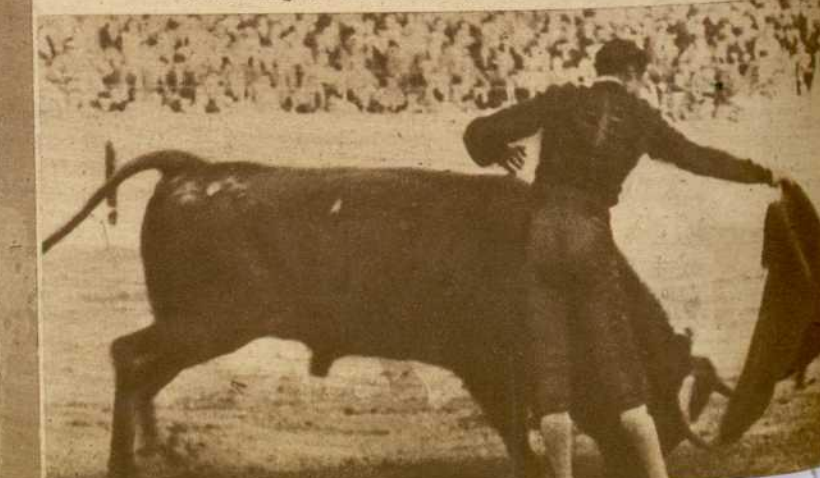
Pepe Luis bebe en la clásica bota (Información gráfica de Marín Chivite)



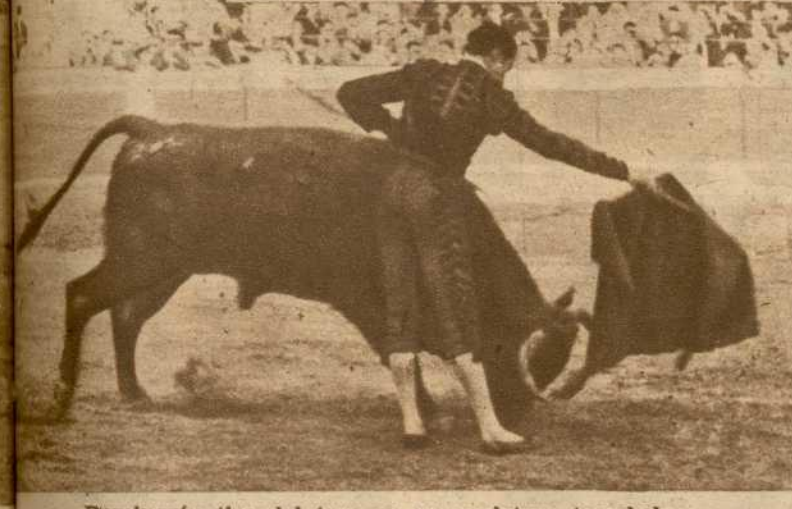
Así toreó al natural el de San Bernardo



Antonio Bienvenida en un buen mulatazo
Luis Miguel torea con la mano derecha



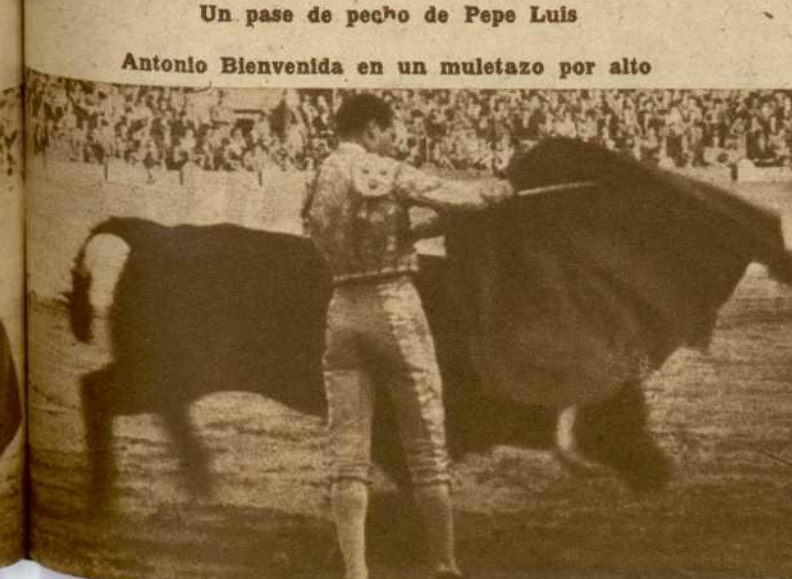
Plaza ha quedado el dolor de Juanito, herido en la primera corrida



Dominguín tira del toro en un mulatazo templado

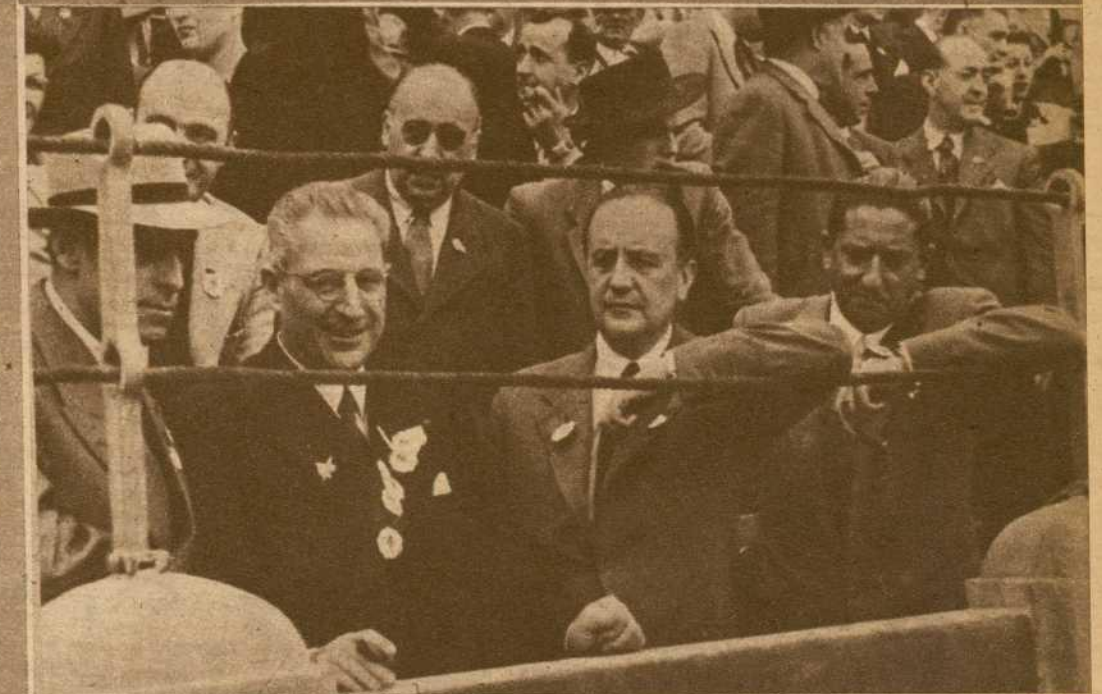


Un pase de pecho de Pepe Luis



Antonio Bienvenida en un mulatazo por alto

ROSTROS EN LOS TENDIDOS



Los ministros de Industria y Comercio, y Justicia, presencian la corrida



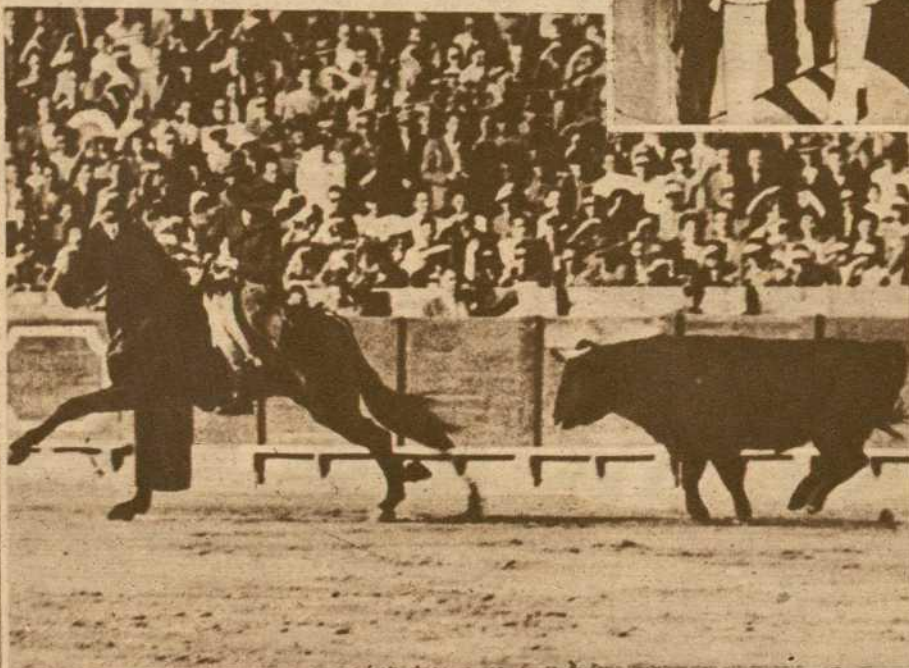
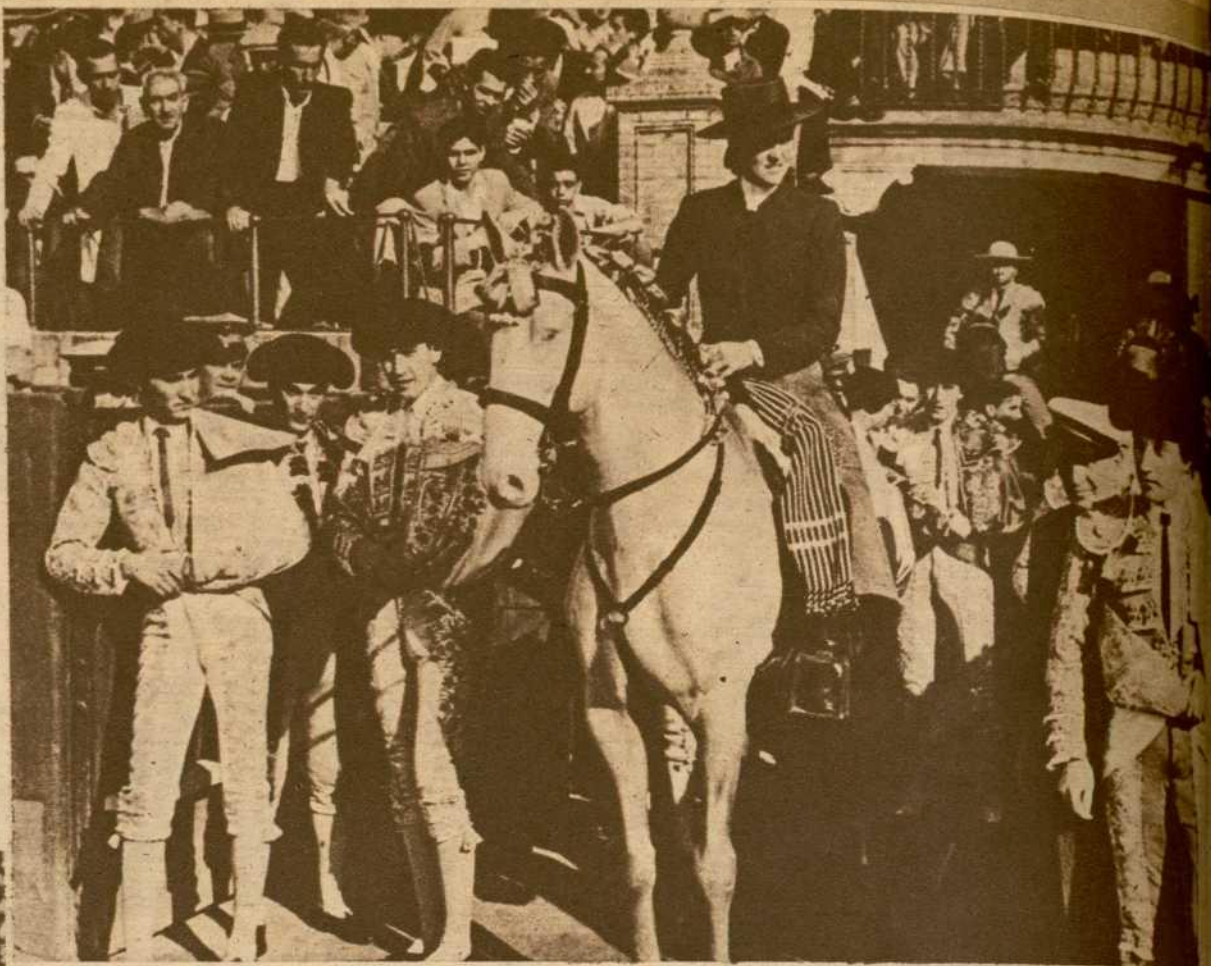
El director de EL RUEDO, Manolo Casanova, en su barrera

¡Atavío castizo, alegría y sabor en la Plaza!...

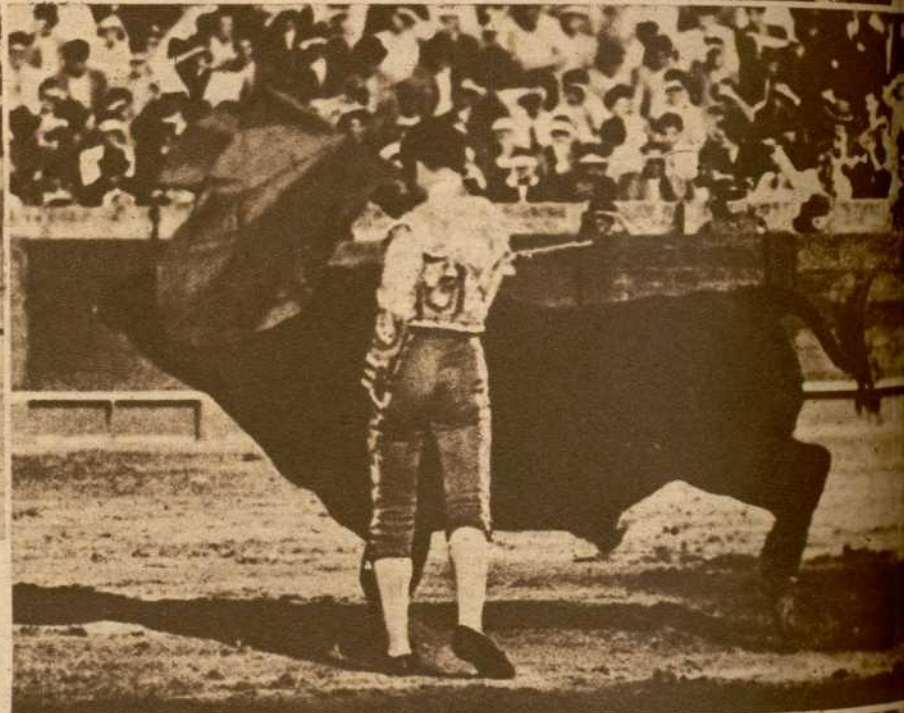


LA CORRIDA DE LA CRUZ ROJA EN SEVILLA

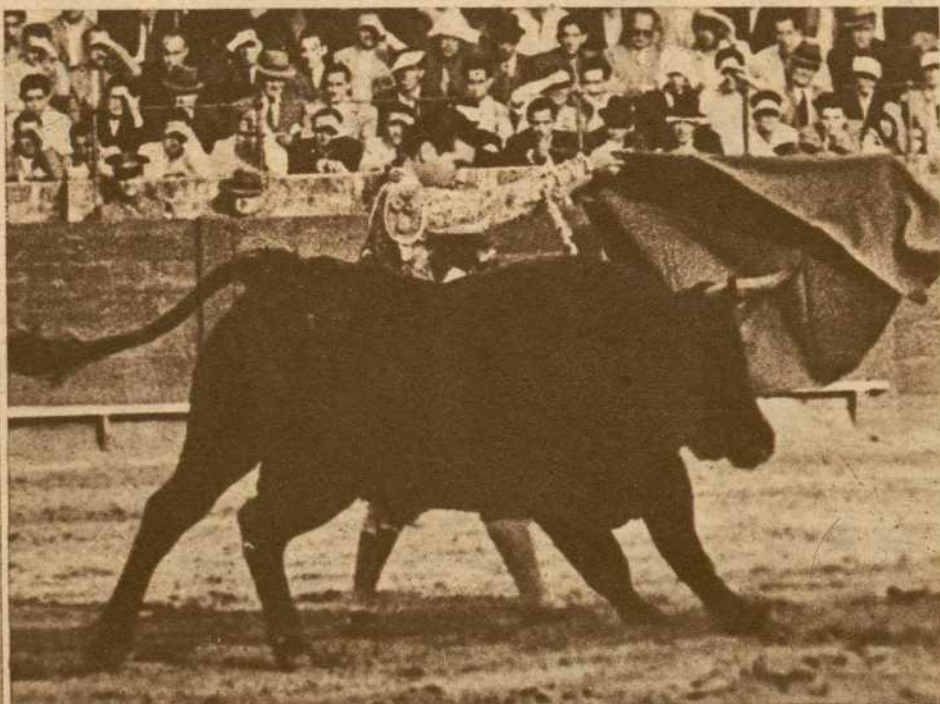
Las cuadrillas, con Conchita Cintrón a la cabeza, se disponen para hacer el paseo



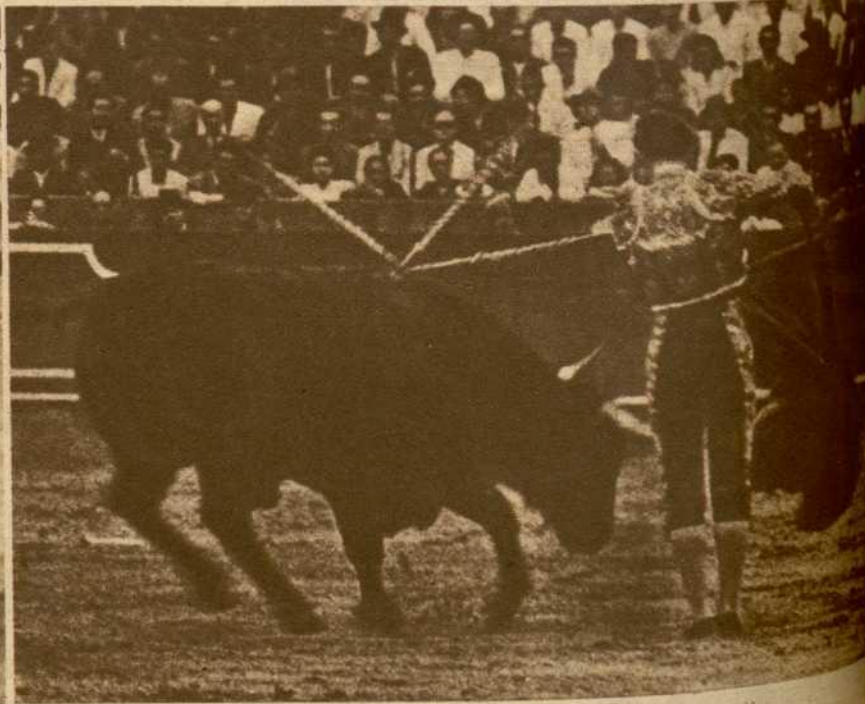
Conchita Cintrón torea a caballo y encela al toro para hacerle embestir



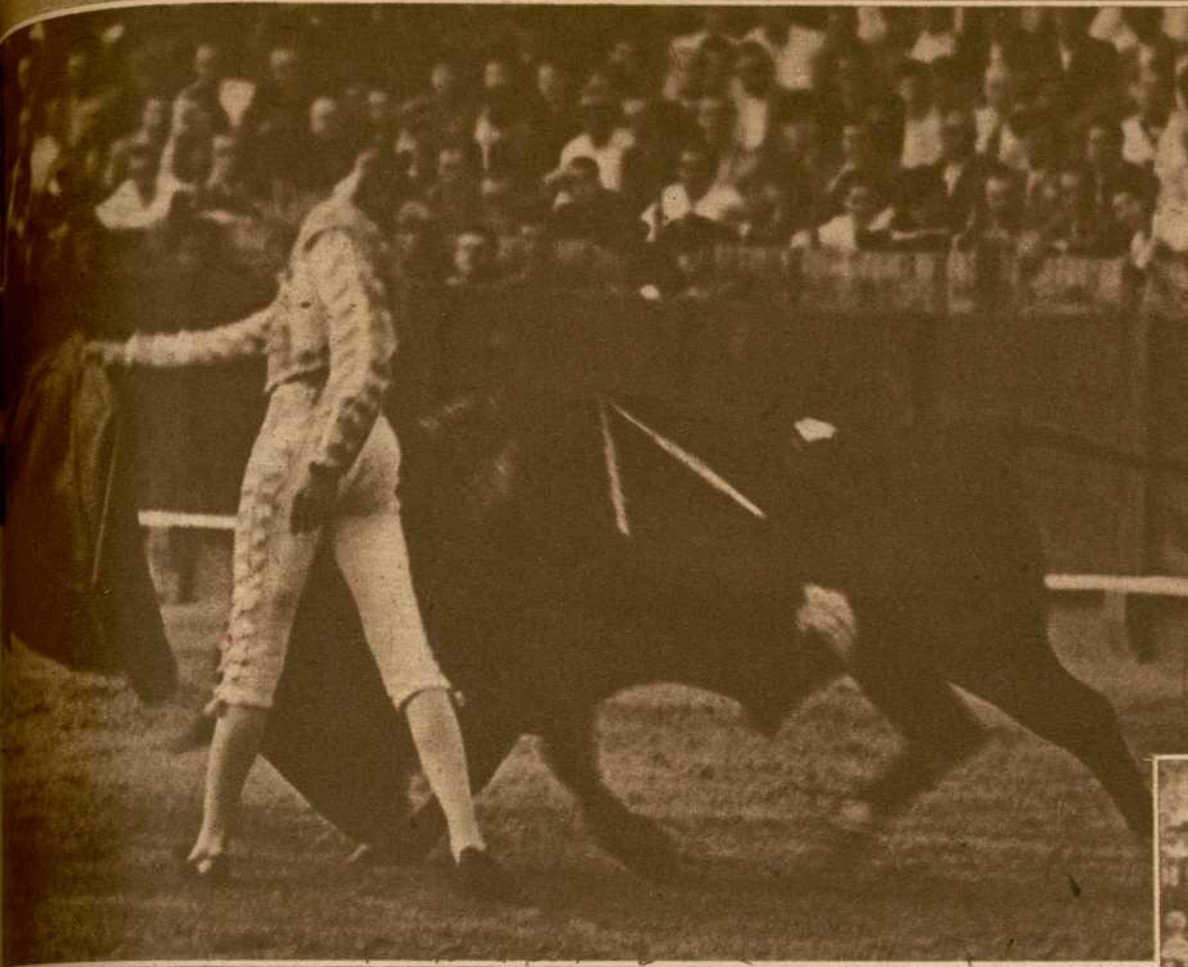
Antonio Bienvenida en un pase de pecho con la derecha



Un buen muletazo de Antonio Bienvenida



Antonio Bienvenida en el pase de «ki-ki-ri-ki»

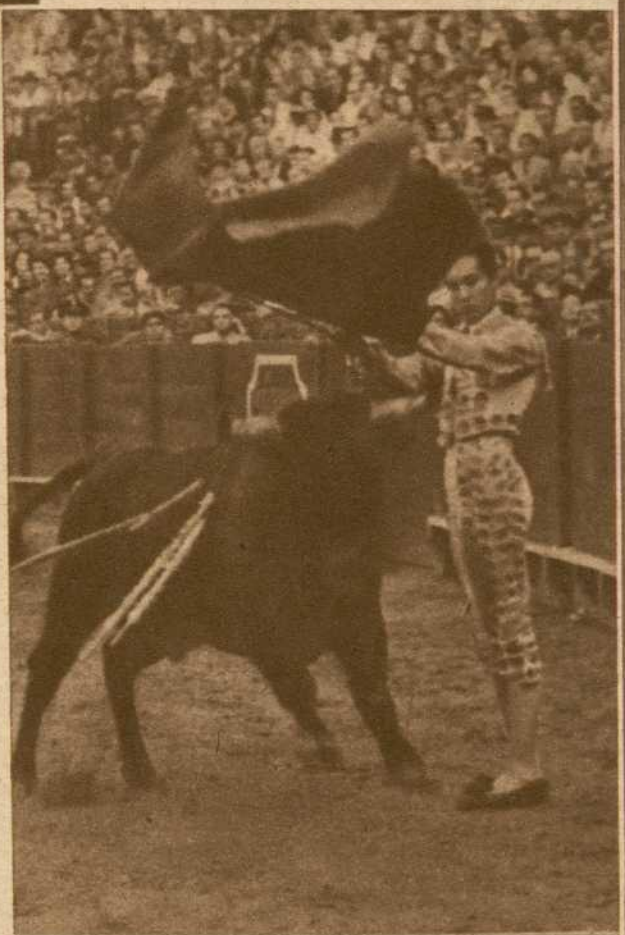


Un toro de Juan Belmonte
PARA
CONCHITA CINTRON
 Seis toros de Clemente
 Tassara, para
 Antonio Bienvenida,
 Luis Miguel Dominguín
 y Parrita

Luis Miguel Dominguín se echa al toro por delante en un gran pase de pecho



Parrita inicia su faena con un muletazo alto



Luis Miguel interrumpe la faena para saludar al público

Un pase de pecho, con la derecha, de Parrita



Conchita Cintrón en el momento de clavar un rejonello (Fets. Arenas)



Rafael Molina, Lagartijo

Un brindis de LAGARTIJO en ZARAGOZA

la primera fué suspendida a causa de la lluvia y no se verificó hasta el día siguiente, por cuyo motivo también corrieron una fecha las otras.

Hallábase en Zaragoza a la sazón la bella marquesa de Altavilla, hospedada en el Hotel del Universo, donde también se alojaban Lagartijo y los hombres de su cuadrilla, así como un distinguido diplomático alemán, muy entusiasta de las corridas de toros, con el que dicha dama había contraído amistad durante una larga residencia en París.

Visitando una mañana la marquesa las diferentes dependencias del hotel, hubo de pasar por una pieza destinada a comedor de los coreros, precisamente en el momento en que éstos se disponían a almorzar bajo la presidencia de Rafael Molina, según costumbre de antaño, cuando el espada y su gente se alojaban juntos en todas partes y el jefe no se separaba de sus subordinados, imponiendo tanto en la Plaza como fuera de ella una disciplina desaparecida hace muchos años.

Allí estaban, con Rafael, sus picadores Juan de los Gallos y los hermanos Pepe y Manuel Calderón; los banderilleros Mariano Antón, Juan Molina y José Gómez (el Gallo), y el puntillero José Torrijos (Pepín), quienes al penetrar la de Altavilla en la estancia se levantaron y saludáronla muy respetuosamente, con aquella cortesía a la antigua española que era patrimonio de las clases más humildes.

Tras el saludo, Lagartijo invitóla a participar de la comida, y aunque la marquesa se excusó de aceptar la invitación, tan insistente fué la muy gentil del célebre torero cordobés, que, accediendo a tales ruegos, y tal vez por encontrar pintoresco el lance, se determinó a tomar asiento.

Condujéronse los diestros durante el acto dentro de los límites de la más exquisita corrección, y al terminar el mismo, invitó Rafael a la ilustre comensal a que asistiese al día siguiente a la basílica del Pilar, en cuya Santa Capilla habría de celebrarse una misa en sufragio del alma de doña Rafaela Romero, de la cual era viudo Rafael desde el mes de junio anterior.

Lagartijo sintió siempre gran devoción por la Virgen del Pilar, y, reciente su viudez, quiso aprovechar su primera visita a Zaragoza, después de la desgracia, para celebrar aquel piadoso acto.

Asistió, en efecto, la marquesa a tan emotiva ceremonia, y al salir del templo, en la puerta, cuando se despedía de Rafael Molina, preguntó a éste si tendría inconveniente en brindar la muerte de un toro de la corrida de aquella tarde al personaje alemán de quien antes hicé referencia.



Salvador Sánchez, Frascuelo

—Usted me manda a mí, *seña* marquesa—contestó Lagartijo.

Y la aristócrata escribió en una hojita de su libro de notas el nombre y el apellido del diplomático a quien debía ir dedicado el brindis, no sin advertir que dicho alemán se hallaría sentado a su derecha en el palco 88, que ella ocupaba con su familia.

Se celebró aquel día, 16 de octubre, la tercera corrida de feria, en la que se lidiaron los mencionados toros de don Cipriano Ferrer, de Pina de Ebro, más conocidos por el apelativo de «los de la campanilla»—por llevar tales reses un corte en la papada que hacía caer la misma a manera de colgajo—, y en quinto lugar apareció un astado retinto, listón, llamado Culebra, al que picaron Juan de los Gallos, Manuel Calderón y el Chuchi (éste, de la cuadrilla de Frascuelo), y después de banderilleado por el Gallo y Juan Molina, se dispuso Lagartijo, que se ataviaba con terno verde y plata, a satisfacer los deseos de la marquesa de Altavilla.

Pero, sin duda, debió de enredarse el apellido del diplomático—que probablemente encerraría todas las consonantes del alfabeto—y no podía retenerlo en la memoria, a pesar de haberlo repetido muchas veces, y después de algunas vacilaciones, y tras requerir pausadamente los avíos de matar, tuvo un momento de decisión, se situó rápidamente bajo el palco mencionado y, encarándose con el alemán, dijo así en voz alta:

—Brindo por usted, por la gente de su tierra y por las *guenas* mosas que tiene a su vera.

Y antes de encaminarse adonde estaba el toro, y como un amigo, espectador de barrera, le preguntase a quién había brindado, contestó Lagartijo:

—No lo sé. A un *gachó* de allá arriba, que lleva sombrero blanco y tiene un nombre que no lo sabe *desir* ni la paloma azul (1).

DON VENTURA

(1) La paloma azul es el ave de una leyenda cordobesa que se remonta a la época del Gran Capitán.

NADA trascendental contiene la anécdota de que voy a dar cuenta; pero es indudable que está revestida de la noble pátina del tiempo, y que los toreros a que la misma se refiere tenían aquella gravedad de los tipos de la vieja España, hidalga y picaresca, en que hasta los pícaros y vagabundos ofrecían algunos rasgos señoriles.

Para las corridas del Pilar del año 1882 fueron contratados solamente dos espadas: Lagartijo y Frascuelo, dos figuras que dividieron a la afición en bandos irreconciliables, merced a cuyas discusiones, inflamadas por la pasión, cobró el espectáculo un auge que ha pasado a la Historia con los tintes de una leyenda heroica.

Además de celebrarse el día 13 por la mañana una corrida de las llamadas de prueba, con cuatro toros de Zalduendo, hubo tres corridas de seis reses cada una, pertenecientes a las ganaderías de Ripamillán, Carriquiri y Ferrer; fiestas que se anunciaron para los días 13, 14 y 15, por la tarde; pero

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



Aficionados de categoría y con solera

REGINO SAINZ DE LA MAZA

CREE QUE DEBERIA HACERSE VERDADERA MUSICA DE TOROS



único que me interesa es lo que pasa en el ruedo.

—¿Y no se preocupa usted del público, ni del presidente, ni de los críticos?

—Estoy demasiado absorto en las suertes de la lidia, para ocuparme de la gente ni de otros detalles accesorios, a los que no concedo gran importancia. Para mí, el interés de la fiesta radica en el torero y en el toro. Claro que esto no quiere decir que sienta un olímpico desprecio el público de los toros. Comprendo perfectamente sus reacciones, a veces violentas, porque la fiesta de los toros es pasión. En cuanto a los críticos y a los aficionados, me interesan más fuera de la Plaza, en la tertulia del café, donde se oyen opiniones y comentarios sabrosos.

—¿Cuánto tiempo hace que va usted a los toros?

—Mucho. Desde que era niño. Recuerdo que fué en Burgos donde asistí por primera vez a una corrida.

—Y, ¿qué efecto le hizo?

—¡Magnífico! Todos los españoles llevamos dentro la afición a los toros. Está en el ambiente.

Observen ustedes cómo nuestra charla ha venido a parar a la historia de aficionado del gran guitarrista. Pero no interrumpamos lo que nos dice. Sigue hablando:

—Recuerdo que en aquella primera corrida que vi toreaban Bombita y Machaquito. Y que Bombita me impresionó mucho, por aquella manera de esquivar al toro, tan característica suya, andando de espaldas a él...

—Pero entonces sería usted muy joven...

—Un niño. ¡Figúrese! Después fuí admirador de Belmonte. Ya lo fuí siempre. Entre los de ahora, me gusta Pepe Luis.

—¿En qué Plazas ha visto usted torear?

—Creo que en todas las principales de España. Además, he visto corridas en América: en Lima y en Méjico.

—¿Le gustan los toreros mejicanos?

—¡Mucho! Son tan buenos como los nuestros.



—¿Usted ha toreado alguna vez?

—No hé tenido ocasión. Pero me hubiera gustado. Sí; me hubiera gustado ser torero.

—¿Por qué no lo fué?

—No lo sé... Me quedé en aficionado.

—¿Dónde le gusta más ver torear?

—En Andalucía y en los pueblos. Me entusiasman las capeas de los pueblos, en las que todo es completamente espontáneo.

—Lo mejor que ha visto, ¿ha sido en alguno de esos sitios que ha dicho?

—La mejor corrida la vi en Barcelona al Gallo. Y lo mejor que he visto no sé lo que es, porque cada suerte del toreo tiene su emoción distinta, y en cada una de ellas hay siempre algo bonito y nuevo.

—¿Qué es lo que más le ha impresionado de cuanto ha visto en su vida de espectador de toros?

—La cogida de Granero, en la Plaza de Madrid. Tanto me impresionó, que estuve después mucho tiempo sin ir a los toros. Afortunadamente, he sido testigo de pocas cogidas. Siempre me han hecho mucha impresión y muy desagradable.

—¿Cuándo descubrió usted que era aficionado a los toros?

—Eso es difícil de precisar. Mi afición data de siempre; esto es lo más exacto. Bastantes más recientes orígenes tiene mi cultura taurina. Se lo debo a Díaz-Cañabate y a José María de Cossío. Ellos entienden tanto de eso...

—Volvamos a la música...

—Eso me recuerda algo.

—¿Qué?

—Que esta tarde tengo un concierto.

Y a nosotros el que Sainz de la Maza tenga un concierto esta tarde nos recuerda que debemos marcharnos.

Y ya camino de la Redacción, pensamos en las palabras de Regino, cuando pedía una música inspirada en los toros.

PILAR YVARS

SOBRE el sofá, su guitarra nos vuelve la espalda. Todo en la habitación de trabajo de don Regino Sainz de la Maza tiene un aire melancólico en esta hora de la tarde nublada. El atril, los libros de música, los pliegos pautados... Pero cuando se habla de toros, parece que las cosas se alegran, como si un rayo de sol de la fiesta española saliera de no se sabe dónde. Y hasta parece también oírse un pasodoble alegre. De la música en los toros hablamos, precisamente.

—¿Le gusta a usted la música de las corridas?

—Sí; hay algunos pasodobles verdaderamente bonitos: "La Giralda", "Pan y toros", el de "El gato montés" y otros muchos que ahora no recuerdo.

—¿Cree usted que los toros —la fiesta de los toros— puede ser un buen tema musical?

—Indudablemente. Creo que los músicos españoles deberían hacer música inspirada en la lidia, que es un buen motivo. Igual que algunos compositores modernos han hecho música cuyos temas son diversos espectáculos.

—Homseger, el compositor francés, por ejemplo, que ha compuesto una pieza llamada "Rugby"—, debía hacerse una auténtica música taurina.

—Sí; sería bonito... ¿Son esas cosas las que usted piensa cuando está viendo una corrida?

—¡No, no! Cuando voy a una corrida, —lo

Por ESPAÑA y AMERICA

Presentación de ROVIRA en Madrid. Comenzó la temporada taurina en Lima. Cogidas del CHONI, LUIS MATA y BELMONTE



El día 12, Día de la Raza, debutó en la Plaza de toros de Lima el espada cordobés Manuel Rodríguez, Manolete. El «monstruo» no logró cuajar la gran faena que había iniciado, por falta de casta de su enemigo. En la corrida segunda, Manuel Rodríguez ya estuvo en Manolete, y alcanzó un triunfo clamoroso



Momento de bautizar solemnemente a un hijo de Morenito de Talavera. El neófito, al que se impuso el nombre de José Luis, fué apadrinado por su tía la señorita Antonia Pazo y por don Cristóbal Becerra, conocido hombre de negocios taurinos

EL jueves, día 10, hubo corridas de toros en Madrid y en Ceuta. En Madrid, en festejo a beneficio del Montepío de la Policía, hizo su presentación Raúl Ochoa, Rovira, que confirmó la alternativa. Se lidiaron seis toros de Buendía. Gitanillo de Triana, silencio y dos orejas. Parrita, aplausos y ovación y vuelta. Rovira, ovación y división de opiniones. Gitanillo salió en hombros.

En Ceuta. Toros de Belmonte. Conchita Cintrón, dos orejas. Pepe Luis Vázquez, dos orejas y dos orejas y rabo. Albaicín, palmas y pitos.

El sábado, día 12, hubo corridas de toros en Sevilla y Barcelona, se inició la temporada en Lima y hubo varias novilladas y festivales.

—En Sevilla. Un toro de Juan Belmonte y seis de Tassara. Conchita Cintrón, ovación. Antonio Bienvenida, ovación y ova-

ción y vuelta. Luis Miguel Dominguín, oreja y vuelta. Parrita, aplausos y palmas. Luis Miguel y Bienvenida salieron en hombros.

—En Barcelona. Toros de Montalvo. Albaicín, oreja y aplausos. Gregorio García, oreja y vuelta. Rovira, ovación y ovación. Dos de los toros tuvieron que ser retirados por mansos.

—En Lima. Manolete, ovación y ovación y vuelta. Procuna, dos orejas y dos vueltas. Montani, silencio y silencio.

—En Madrid. Presentación del novillero Francisco Muñoz y de la ganadería de Castillo de Higuera. Manolo Navarro, palmas y palmas. Chatito Mora, ovación y aplausos. Francisco Muñoz, oreja y palmas.

—En Córdoba. Pepe Poveda, ovación y regular. Rosalito de Córdoba, aplausos y aplausos.

—En Bilbao. Novillos de Tomás González. El Soldado, palmas y silencio. Gallito de Dos Hermanas, aplausos y oreja. Félix de la Vega, aplausos y oreja; fué paseado en hombros.

—En Cartagena. Novillos de Eugenio Ortega. Luis Redondo, bien y oreja. Cervera, orejas y rabo y aplausos.

—En Elda. Paco Esplá, orejas y rabo y aplausos. Jesús Rodríguez, aplausos y aplausos.

—En Gijón. Festival. Cañitas, ovación. Rafael Perea, regular. El Yoni, ovación. Manuel Perea, regular.

—En Santander. Festival. Novillos de Clairac. Pepe Bienvenida, vuelta. Félix Rodríguez, muy bien. Calsero, bien. Briones, regular. Balderas, aplausos. Sarabia, orejas y rabo.

—El domingo, día 13, hubo corridas de toros en Madrid, Zaragoza, Lorca y Lima y varias novilladas.

—En Madrid confirmó la alternativa Lorenzo Pascual, Belmonteño. Cinco toros de Concha y Sierra y uno de Lorenzo Rodríguez. Gallito, pitos y pitos. Luis Mata, palmas y cogido por el quinto al muletear. Belmonteño, palmas y palmas. Mata, sufre herida menos grave en el muslo derecho.

—En Zaragoza. Toros de Samuel hermanos. Belmonte, vuelta en el primero, ovación en el tercero y cogido por el cuarto. Pepe Luis Vázquez,

ovación en el segundo, palmas en el cuarto, dos orejas en el quinto y dos orejas en el sexto. Salió en hombros. Choni fué cogido por el tercero y sufre tres heridas de pronóstico grave. Belmonte sufre tres heridas de pronóstico reservado.

—En Lorca. Toros de Pinohermoso. Pepe Dominguín, vuelta y orejas y rabo. Luis Miguel Dominguín, orejas y rabo y orejas y rabo. Parrita, orejas y rabo y orejas.

—En Lima. Cinco toros de Matancillas y uno de Zololúa. Manolete, dos orejas y rabo y ovación. Armillita, ovación y ovación. Procuna, ovación y pitos.

—En Barcelona. Tres novillos de Juan Sánchez Tabernero y tres de José de la Cova. Pedro Robredo, vuelta y dos orejas. Antonio Caro, ovación y ovación. Paco Muñoz, vuelta y aplausos.

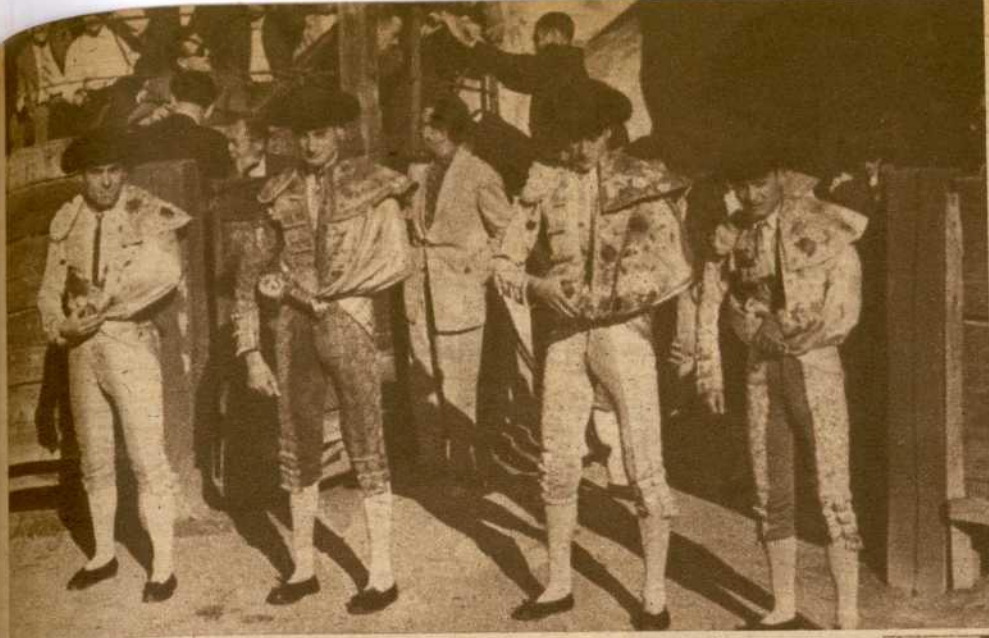
—En Vich. Novillos de Antonio Sánchez Monje. Minuto, oreja y orejas y rabo. Calabuig, vuelta y vuelta. Bamala, oreja y vuelta. Agustinillo, aplausos y aplausos.

—El lunes, día 14, segunda corrida de Feria en Zaragoza. Toros de Atanasio Fernández. Los toros dieron muy mal juego y ello dió origen a frecuentes broncas. Pepe Luis Vázquez, aplausos y oreja. Luis Miguel Dominguín, ovación y palmas. Rovira, ovación y aplausos.

—En Madrid. Festival organizado por el Cuerpo de Intendencia. Pepe Anastasio, ovación. Angelete, ovación. Angel Luis Bienvenida, ovación. Parrita, oreja.

B. B.

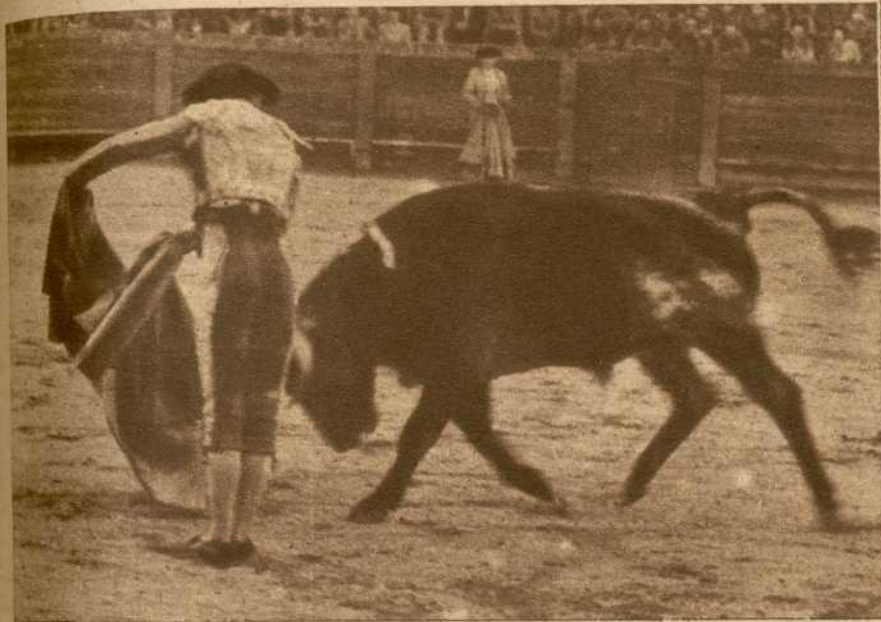




Los cuatro matadores en el portón de arrastre

NOVILLOS EL DIA 13 EN VICH

**Ocho reses de José Sánchez Monje y Martín González
MINUTO, PEPE CALABUIG,
ANTONIO BAMALA y AGUSTINILLO**



Minuto remata un quite con media verónica



Minuto hace un quite con el capote a la espalda



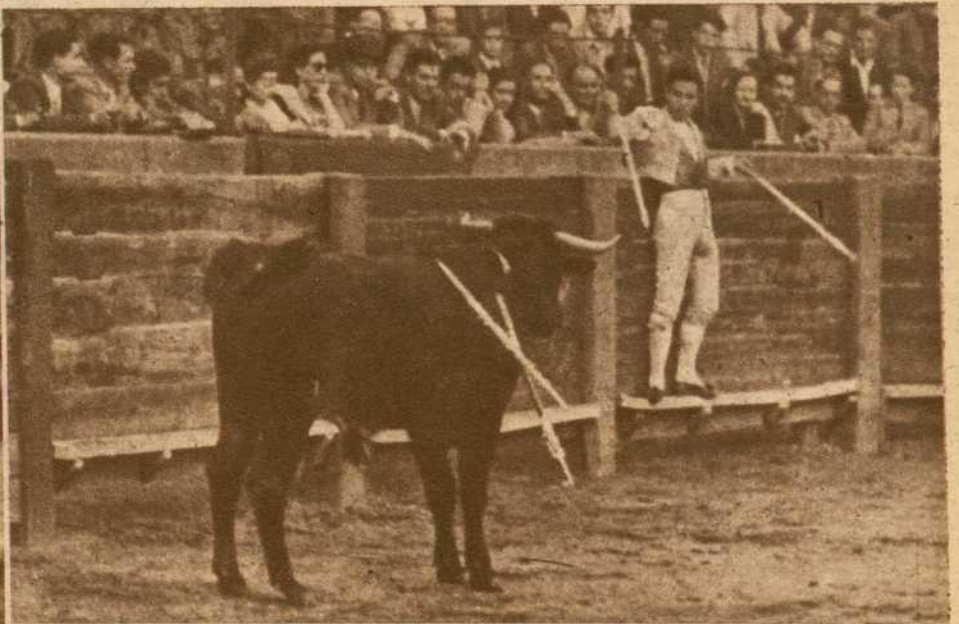
Bamala en un muletazo con la de recha



Una verónica de Pepe Calabuig a su primero



Un pase de pecho con la izquierda de Agustinillo (Fots. Valls)



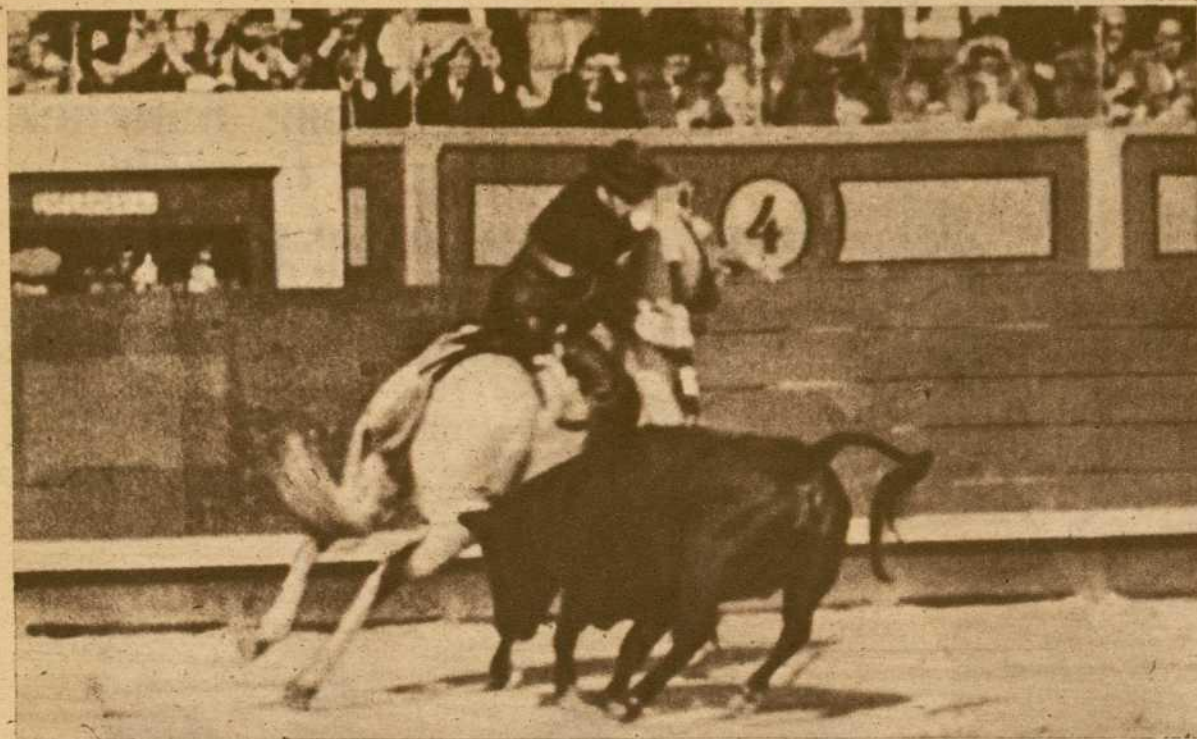
Calabuig cita desde el estribo para banderillear



Una estocada de Antonio Bamala



Agustinillo en su faena al cuarto toro



EL DIA DE LA RAZA EN LAS VENTAS

Un novillo de Espioja, para
Pepe Anastasio

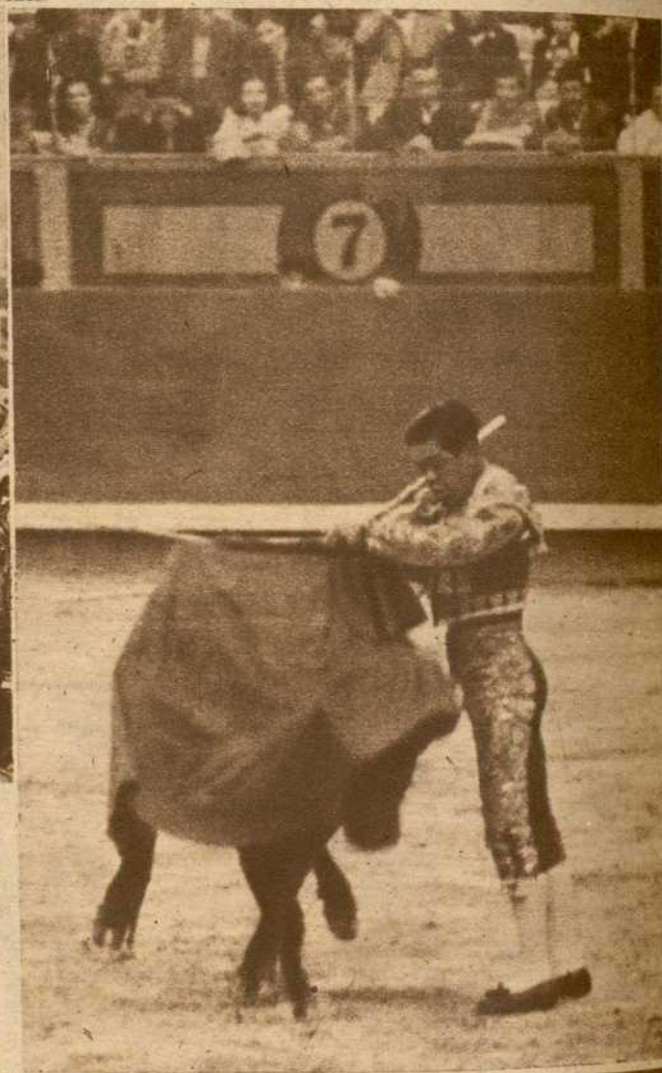
Seis de Castillo de Higuera,
para Manolo Navarro,
José Antonio Mora y Paquito
Muñoz

Pepe Anastasio, en un gran par de banderillas



Paquito Muñoz, que debutaba en Madrid y obtuvo un clamoroso triunfo

Manolo Navarro Un pase ayudado por alto del mejicano José Antonio Mora
torea con su gran estilo al primer toro
(Fots. Baldomero)



Paquito Muñoz, en un pase de pecho cor 'a izquierda



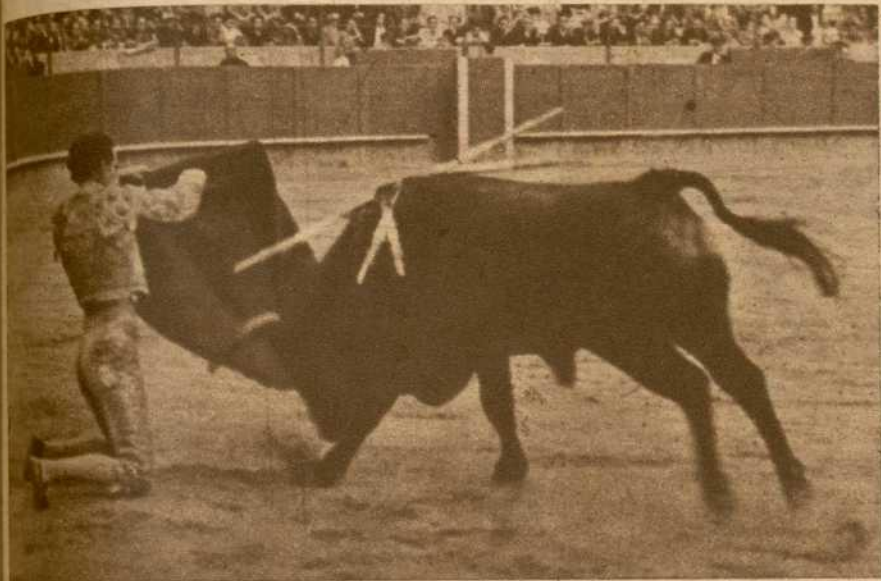
Los matadores antes de hacer el paseo

LA
NOVILLADA
DEL DIA 13
EN
BARCELONA



Los espadas se disponen a hacer el paseo (Fots. Valls)

Tres
novillos de
Sánchez Tabernero
y tres de
José de la Cova
PEDRO ROBREDO,
ANTONIO CARO y
PAQUITO MUÑOZ



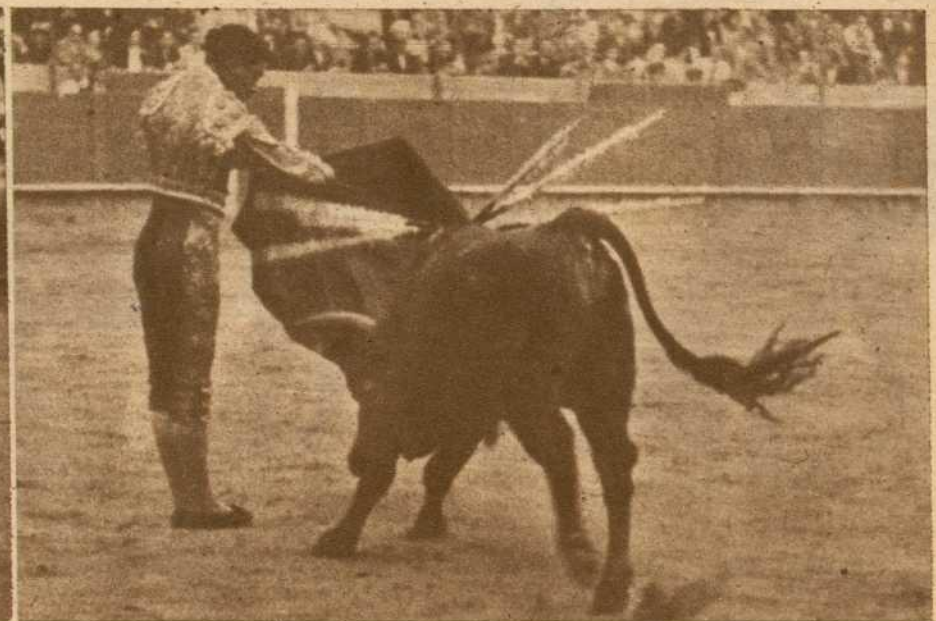
Pedro Robredo inicia la faena con un muletazo de rodillas



Un pase de pecho de Pedro Robredo



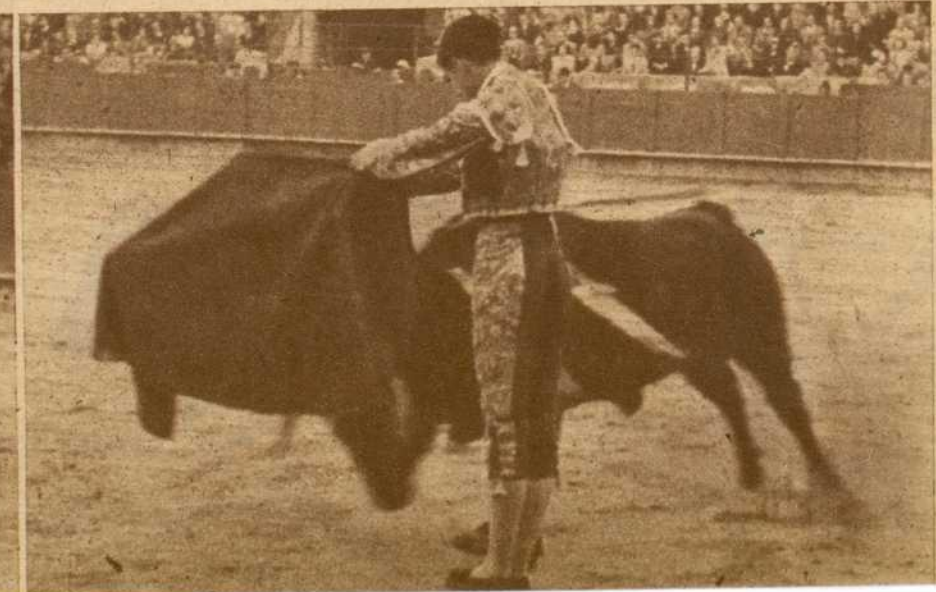
Antonio Caro torea por verónicas



Antonio Caro en un buen muletazo por alto

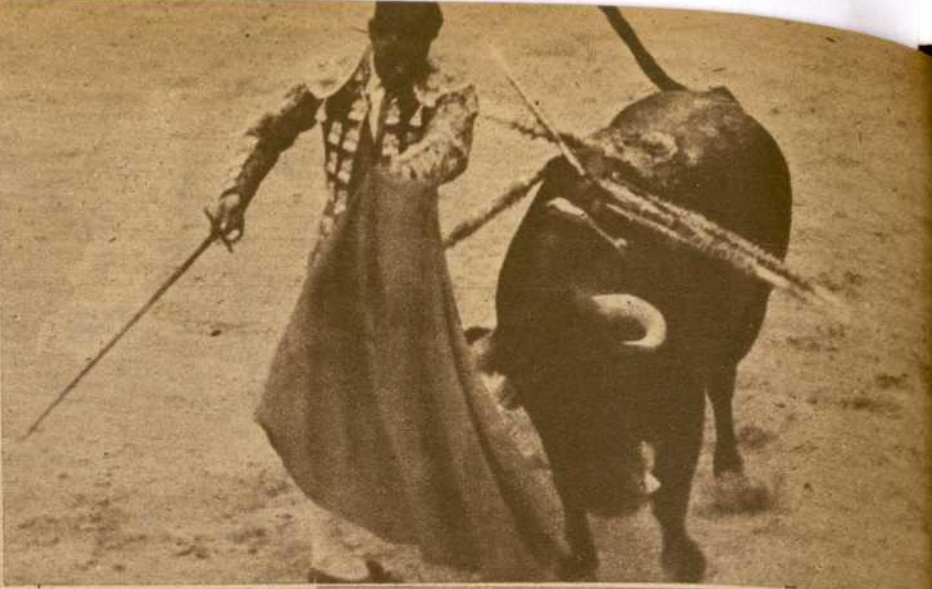
Paquito Muñoz hace un quite por faroles de rodillas

Un ayudado por alto de Paquito Muñoz al primero





Gitanillo de Triana en la hondura del pase natural



El torero gitano se tira al toro por delante en el pase de pecho

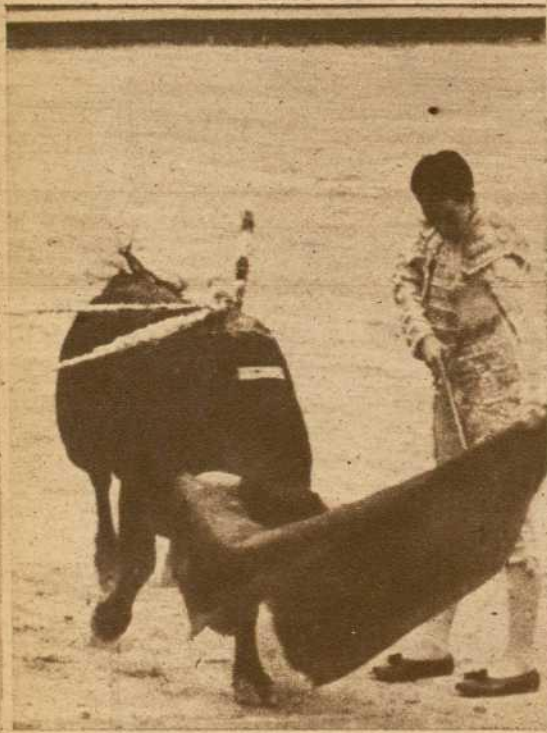
LA CORRIDA DEL DIA 10 EN MADRID



Parrita en uno de los naturales a su primer toro

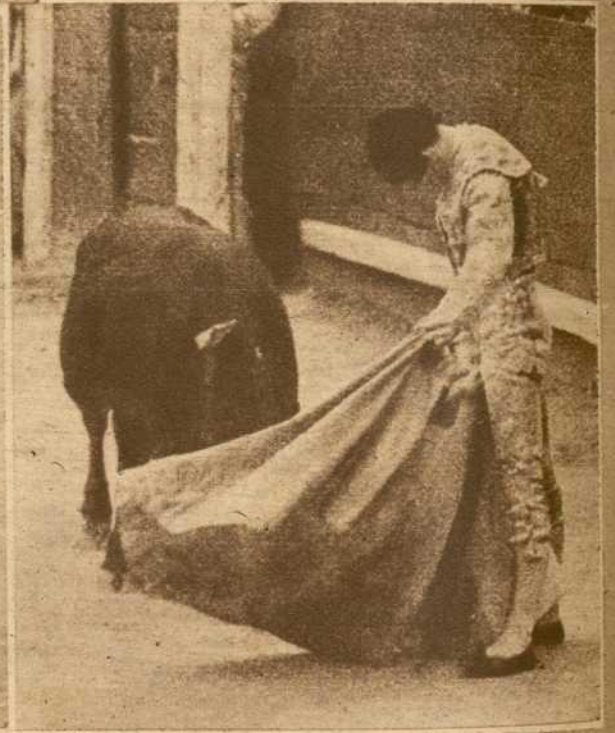
Seis toros de Santa Coloma Gitanillo de Triana, Parrita y Rovira

El torero de capa de Rovira en la corrida de la Policía



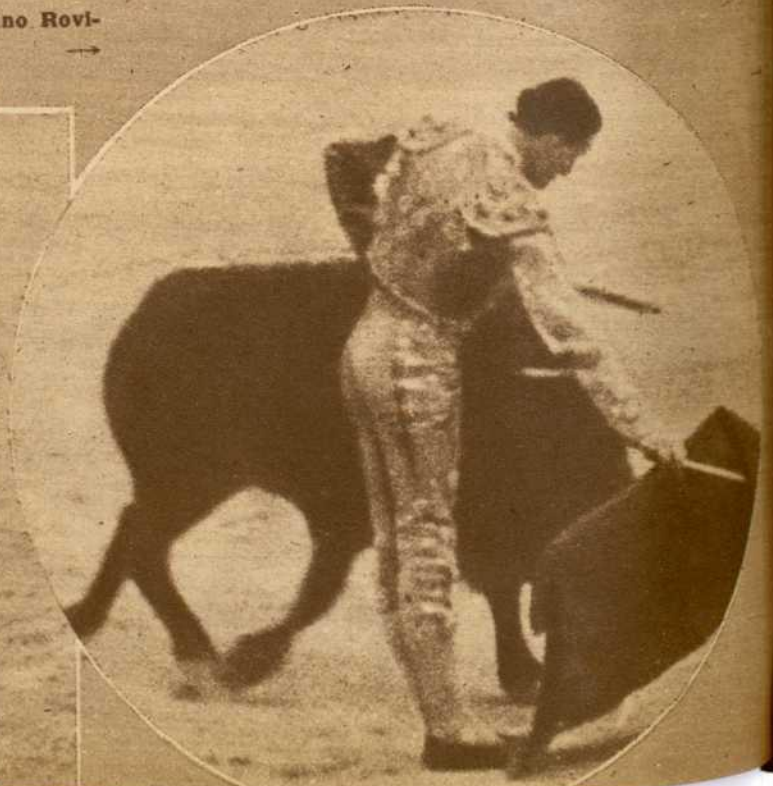
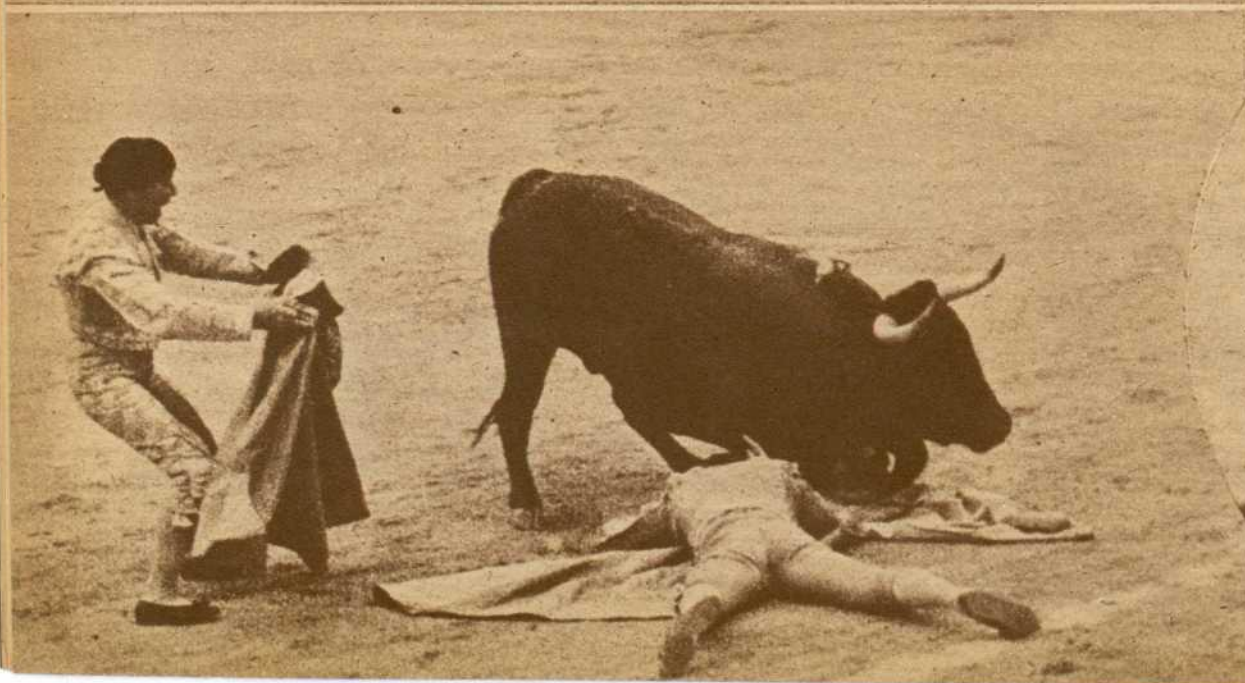
Garbo, salero y son gitano en este medio pase de Rafaelito Vega

Parrita abrocha la serie de naturales con el forzado de pecho



La oportunidad de David y el habersele doblado las manos al Santa Coloma libran a Rovira de un perance serio

Un pase con la mano derecha del argentino Rovira (Fotos Baldomero)





Ibarra
1946

Un pase afarolado



Aplausos al matador

(Dibujo de Perex)